

860-2(866) Rendón
R3976

Obras dramáticas

DE

VICTOR M. RENDON

Miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua
y Correspondiente de la Real Academia Española

CHARITO

SALUS POPULI

EN FUENTE FLORIDA

loña
edora
como
ayaqui-
b, en tes-
undo res-
agradecido



RENDÓN.

EDITIONS « LE LIVRE »
11, Avenue de l'...
P A R I
MCMXXV

BIBLIOTECA DE OBRAS
AUTORES NACIONALES
LOJA 396 - APTD. 20
QUITO-ECUADOR



**Es propiedad del autor.
Reproducción y traducción
reservadas.**

865-2(866)
R 397b

CHARITO

Idilio dramático, en cuatro cuadros y en verso.

A la ilustre matrona ecuatoriana, señora doña ANA DARQUEA DE SÁENZ DE TEJADA, acreedora a pública gratitud y unánime admiración como Presidenta de la benéfica institución guayaquileña « EL BELEN DEL HUERFANO », en testimonio de alta consideración y profundo respeto, dedica este idilio dramático, su agradecido amigo y seguro servidor,

VÍCTOR M. RENDÓN.

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCIÓN GENERAL	
Nº 6855	AÑO 1991
PRECIO	DONACIÓN

0002135-J.



REPARTO

- CHARITO, 20 años, gitana del Sacro Monte.
ROSITA, 22 años, bailadora gitana.
PALMIRA, 23 años, cantadora gitana.
AKIAB, 30 años, soberano de la India.
FLAVIO, 28 años, médico madrileño.
ALBERTO, 32 años, hijo de Granada, deudo de Flavio.
EDMUNDO, 31 años, amigo de Alberto y de Flavio.
ELMIR, 45 años, Capitán de los gitanos, padre adoptivo de Charito.
ABDUL, 20 años, Intendente de Akiab.
ISMAEL, 23 años, gitano, primo de Charito.

*Bailadoras, cantadoras gitanas, guitarristas gitanos.
La acción en Granada, época actual.*

CUADRO PRIMERO: La Alameda, al pie de la Alhambra, al anochecer.

CUADRO SEGUNDO: Una sala suntuosa en el hotel Washington Irving, de noche.

CUADRO TERCERO: La cueva de Charito, en el Sacro Monte.

CUADRO CUARTO: La misma sala del cuadro segundo, al mediodía.

Charito, Elmir, Ismael, las bailadoras, las cantadoras y los guitarristas hacen galas gitanas. Akiab ostenta un lujoso turbante indio con piedras finas. Abdul lleva puesto un turbante más sencillo. Flavio, Alberto y Edmundo usan vestidos modernos, de americana.

« tu plácida existencia
 «sliza en los encantos
 « primorosa tierra,
 « a la gitana
 «alada y bella
 « el Sacro Monte,
 « cuevas ?
 « negros
 CHAI «rena
 « obscuro

Idilio dramático, en cuatro cu.

CUADRO PRIMERO

La Alameda de Granada, al pie de la Alhambra

ESCENA PRIMERA

ALBERTO, EDMUNDO y FLAVIO.

*(Alberto y Edmundo entran juntos por la derecha,
Flavio por la izquierda.)*

ALBERTO

Me alegro de verte, Flavio,
 paseando en la Alameda
 que, al pie de la excelsa Alhambra,
 plácidamente embelesa.

REPARTO

oco,

CHARITO, 20 años, gitana del S;
 ROSITA, 22 años, bailadora q' grandeza ?
 PALMIRA, 23 años, cantador
 AKIAB, 30 años, soberano
 FLAVIO, 28 años, médico-AVIO
 ALBERTO, 32 años, h
 Flavio. ando; ya, muchas veces,
 EDMUNDO, 31 años, ró la mansión regia
 ELMIR, 45 años, Boabdil gemía
 adoptivo erder patria y diadema.
 ABDUL, e allí, mirando a Granada,
 ISMAEL comprendí cuál fué su pena.

B

ALBERTO, a Flavio.

Si has ido al Generalife,
 ¿qué dices de su belleza ?

FLAVIO

Los seculares cipreses
 me brindaron sombra amena
 en la cautivante quinta
 cuyas fontanas recuerdan
 que en su cristal se miraron
 moras hermosas y egregias;
 mas, dime a tu vez, Alberto,

pues tu plácida existencia
se desliza en los encantos
de esta primorosa tierra,
¿conoces a la gitana
más lista, salada y bella
de las que, en el Sacro Monte,
habitan curiosas cuevas?
Espléndidos ojos negros
le avivan la tez morena
como al firmamento obscuro
resplandecientes estrellas;
encarnados y risueños,
sus labios brindan promesas
de dulzuras y descubren
iguales nítidas perlas;
ella, con arte exquisito,
se prende en la cabellera
un manojo de claveles
que allí mueren de vergüenza,
envidiándole el aroma
de sus veinte primaveras.

ALBERTO

Esa gitana es Charito
que, muy graciosa y ligera,
al compás de las guitarras,
tañendo las castañuelas,
cimbra su cuerpo flexible,
esbelto cual la palmera.

EDMUNDO

Y, en el mantón de Manila,
caprichosamente envuelta,
con el sombrero de chulo
inclinado hasta las cejas,
baila los tangos lascivos
sin ofender la decencia.

ALBERTO

Y los cantares flamencos
plañe como hábil maestra
o improvisa tiernas coplas
en jotas y peteneras.

EDMUNDO

Desde la Sierra Nevada
hasta la Sierra Morena,
los ecos la proclamaron,
entre gitanas, la reina,
sin que jamás a Charito
le envidien sus compañeras
la fama de hermosa y hábil
porque con todas es buena.

FLAVIO

Tras asombrarse en la Alhambra
y deleitarse en la vega,
¿quién, de Granada divina,
sin un suspiro se aleja ?

Será más hondo el suspiro
cuando en el alma se lleva
a la preciosa gitana
que, con gracejo, en la cuesta
del Sacro Monte predíjole
larga vida, buena estrella,
y los trebejos de cobre,
fabricados en su cueva
obsequióselos en cambio
de unas menudas monedas.
A la llama de sus ojos
¿qué corazón no se quema?
y, ¿quién, a su dulce aroma,
no se embriaga y se enajena?

ALBERTO

Revelas, en tu entusiasmo,
que la singular doncella
te impresionó.

EDMUNDO

Como a todos
los que la oyen y contemplan.

FLAVIO

La seguí, más de una tarde,
por esta umbrosa Alameda,
poblada de ruiseñores
que tiernísimos gorjean
cuando ven, bajo sus nidos,



el ángel de esa morena,
y donde las claras fuentes,
que el aire estival refrescan,
alegremente susurran
al oír los pasos de ella,
porque anhelan ser espejos
de su gracia y su belleza.

(Se oye a Charito que llega, cantando.)

CHARITO, *entre bastidores.*

En el fondo del alma
tengo una pena,
una pena tan grande
como secreta,
tan secreta que nunca
se oyó mi queja,
y tan grande que, a veces,
¡ay! bien quisiera,
a quien puede aliviarla,
decir mi pena.

ALBERTO

¡Albricias! Ella es, Charito,
la que a este sitio se acerca.

EDMUNDO

Antes que llegue, me alejo.

FLAVIO

¿No te agrada su presencia ?

EDMUNDO, *riéndose.*

Imito al juicioso Ulises;
cuando asoman las sirenas,
no me expongo a sus hechizos.
Abur; os dejo con ella

(Sale por la izquierda.)

ESCENA II

ALBERTO, FLAVIO y CHARITO.

(Charito se presenta muy risueña, por la derecha, con mantón de Manila y, en los cabellos, gran peineta de carey y un manojo de claveles rojos).

CHARITO, *muy amable.*

Señores, felices tardes.

FLAVIO

¿Adónde bueno la perla
de las garbosas gitanas ?

CHARITO

Aunque yo no lo merezca,
el bondadoso piropo
se agradece muy de veras.
Al hotel Wáshington Irving
donde, rumbo, se hospeda
un soberano de la India,
iré con mis compañeras,
después que haya anochecido,
a cantar coplas flamencas
o a bailar jotas y tangos
por complacer a Su Alteza,
que mucho me favorece,
llamándome a su presencia.

FLAVIO

Ese monarca no sabe
que la paz del alma arriesga,
sometiéndose al conjuro
de una gitana hechicera.

CHARITO

¡ Jesús ! ¡ Qué galante siempre,
gustas de brindar canela !

ALBERTO

Ten piedad y en él no claves
esas tus pupilas negras
cuyos rayos electrizan

los pechos y los incendian,
que, en todos los corazones,
burlándolos, haces presa.

CHARITO, *graciosa*.

Si os contáis entre mis víctimas,
bien está que os compadezca.

FLAVIO

Compadezco yo al monarca
que, desde lejana tierra,
su corazón te ha traído
y tu poder no sospecha.

ALBERTO

Su capricho, a tu vez, témelo,
si, a impulso de pasión ciega,
se le antojara llevarte
a ser, en la India, una reina.

CHARITO, *soltando una carcajada*

Nada temo que, en el mundo,
no hay rey con poder y fuerza
bastantes para alejarme
de Granada y de mi cueva.

(Sale, airosa, por la izquierda, cantando).

En el fondo del alma
tengo una pena,
una pena tan grande
como secreta...

(La voz va apagándose).

ESCENA III

ALBERTO y FLAVIO

ALBERTO

Si quieres acompañarme,
irás, siguiendo sus huellas;
el monarca indio es mi amigo
y, con suma complacencia,
nos hará ver cómo brilla,
fascinándole, esa estrella.

FLAVIO

Vayamos, aunque mañana,
de haber ido, me arrepienta.

TELON

CUADRO II

Una Sala en el Hotel Wáshington Irving

Una sala grande, suntuosamente amueblada, con un estrado al fondo, del lado izquierdo. Akiab está recostado en un canapé entre cojines. Abdul, erguido detrás del soberano, le abanica mientras éste lee un libro que entrega a su intendente al erguirse para recibir a Alberto y a Flavio, que entran por el foro. Hay una puerta al fondo y otra a la derecha.

ESCENA IV

AKIAB, ABDUL y, poco después, ALBERTO y FLAVIO

ALBERTO, *inclinándose*:

¡Salve, Akiab! Gran Rey, perdona
si abreviamos tu reposo
y permite, bondadoso,
que honre tu augusta persona
mi querido deudo Flavio.

El, igual que yo, te admira
y a tu estimación aspira.
Vive en Madrid; es un sabio;
goza, en la Corte, de fama,
ejerciendo el divino arte
de Esculapio.

AKIAB, tendiendo la mano a Flavio.

Al estrecharte
la mano, juro por Brahma
ser siempre tu buen amigo.

FLAVIO

Y yo a tus pies me prosterno,
anhelando que sea eterno
el gran favor que hoy consigo.

AKIAB

Habéis llegado, señores,
a visitarme en buena hora.
Un grupo de gente mora,
bailarinas y cantores,
en divertirme se empeña.
Presenciaréis el concierto
que, si es vulgar para Alberto,
Flavio, tal vez, no desdeña
el cante flamenco triste
de las moriscas cigarras
cuando gimen las guitarras,
y ¿quién, sin júbilo, asiste
al baile en que hay castañuelas?

FLAVIO

Será mi placer muy vivo.

ALBERTO

Gran Monarca, me desvivo
por oír tañer vihuelas
y palillos. Jamás pierdo
grata ocasión, como ahora,
de aplaudir la gente mora
que canta y baila. Recuerdo
¡cuál pasma oído y vista,
en ese admirable coro,
una hurí! Vale un tesoro.
¡Qué genio, qué alma de artista!

AKIAB

Siento ansia de conocerla.
Abdul, dispón a tu antojo
la fiesta... Teme mi enojo,
si allí no brilla esa perla.

(Abdul se inclina y sale por el foro.)

ESCENA V

LOS MISMOS, menos Abdul.

AKIAB, a Alberto.

¿Una hurí, dices?

ALBERTO

Lo digo.

AKIAB

Veré, con pasmo profundo,
el ideal que persigo
por el Viejo y Nuevo Mundo
cuando, ávido de placeres,
me olvido de mi grandeza
por pedir a las mujeres
su fragancia y su belleza.
Si me ha gustado más de una,
deidad no hallo en forma humana
que merezca la fortuna
de hacerla yo mi sultana.
Ni en París hubo sirena,
aunque a muchas de allí alabo,
que, por bellísima y buena,
lograra verme su esclavo.

FLAVIO

Acaso ordene el destino
que esa diosa, hasta hoy huraña,
te deslumbre en tu camino
entre las flores de España.

ALBERTO

En las tierras granadinas,
cual la fama lo pregona,

¡cuántas mujeres divinas
merecen una corona!

(Abdul entra por el foro.)

ESCENA VI

LOS MISMOS y ABDUL.

ABDUL, a Akiab, inclinándose.

Señor, la gente gitana
que en dar deleite se ingenia,
del regio favor, ¡qué ufana!
aguarda sólo tu venia.

AKIAB, a sus amigos.

Mientras suben al estrado,
un breve momento iremos
a mi aposento privado
y, en charla amena, alzaremos
la muy andaluza caña
de sabroso manzanilla;
hay, en esa maravilla,
el fuego del sol de España.

(Salen por la derecha.)

ESCENA VII

ABDUL y, luego, ELMIR.

(Abdul abre de par en par la puerta del foro)

y, en el umbral, llama a Elmir que se presenta, haciendo reverencias.)

ABDUL

Capitán de los gitanos,

(Elmir se presenta.)

cúmplanse anhelos galanos:
haz, de esta sala, un jardín
y exhale fragancias nuevas,
aun más gayas que en sus cuevas,
las rosas del Albaicín.

(Elmir, en el umbral del foro, palmea y las gitanas entran; Abdul ha ido hacia el centro.)

Lindas flores, animadas
por las benéficas hadas
en un fantástico edén,
comprendo que vuestro encanto
lo celebren todos tanto;
me habéis prendado también.

(Elmir palmea y los guitarristas entran; las gitanas se han acercado a Abdul.)

Saludo a los guitarristas.
Abdul, famosos artistas,
os tributa admiración;
la guitarra, en vuestras manos,
tiene acentos, casi humanos,
de ternura y de aflicción.

(A las gitanas que se le han acercado.)



Preciosas, tomen asiento.
Todas, con gracia y talento,
saladas como la mar,
haréis ver que a una gitana
nadie en hechizos le gana,
si se le antoja agradar.

(Los guitarristas y las gitanas, menos Rosita y Palmira, suben al estrado y se colocan en vistoso conjunto. Rosita y Palmira, zalameras, con acento gitano, de cada lado de Abdul, le dan broma.)

ROSITA

Gachó, ¿padeses jaqueca
que te has seño ese rollo ?

PALMIRA

¿De jonde eres, lindo pollo ?
¿Habrás nasío en la Meca ?

ROSITA

Por tu singular finura
mereses mi simpatía.

PALMIRA

Si quisieras, te diría,
rico, la buenaventura.

ELMIR

Muchachas, id al estrado.

ABDUL, *siguiéndoles la broma.*

Gracias, decir no puedo
con cuál de las dos me quedo,
porque ambas sois de mi agrado.

PALMIRA

Ve, por mi calle, mañana;
si hay parné, no harás el oso.

ROSITA

No tengo *pare* ni esposo;
te aguardaré en la ventana.

ELMIR

¡Hase visto un desenfado!
Basta ya de atrevimiento.

ABDUL, *con guasa.*

Chulaponas, ¡cuánto siento
que os apartéis de mi lado!

*(Rosita y Palmira van, riéndose, a ocupar sus
puestos en el estrado.)*

ELMIR, a Abdul.

Señor, aun falta la estrella
del Sacro Monte, Charito.

ABDUL

Si no ha de tardar, permito
que se principie sin ella.

(Akiab, Alberto y Flavio entran por la derecha.)

ESCENA VIII

LOS MISMOS y AKIAB, ALBERTO y FLAVIO.

ABDUL, a los gitanos.

Mi espléndido soberano,
Rey de la India muy glorioso,
a holgarse viene, curioso
de oír el genio gitano.
No le frustréis la esperanza
de fruiciones que acaricia.

AKIAB, mirando a las gitanas.

Amigos, ¡cuánta delicia
nos promteten canto y danza!

(Se sienta en el canapé. Alberto toma asiento a la derecha de Akiab y Flavio a la derecha de Alberto. Abdul queda en pie a la izquierda de

Akıab; Elmir estará frente a ellos, del lado izquierdo, cerca del estrado.)

ABDUL, a Elmir.

Repiquen las castañuelas
y las guitarras suspiren
y admiración regia inspiren
donaires y cantinelas.

(Los guitarristas preludian).

ELMIR, obsequioso, inclinándose.

Su Majestad, ¿qué prefiere:
un tango? ¿Quizá una jota?

AKIAB

Tu buen gusto sea el que impere.

ABDUL, a Elmir.

La paciencia, Elmir, se agota.
Salga a bailar lo que quiera
la más graciosa y bonita.

(Abdul se coloca detrás de Akıab y queda en pie.)

ELMIR, gracioso.

Hónrate en ser la primera,
encantadora Rosita.

(Rosita baja del estrado, hace una reverencia a Akıab y baila.)

AKIAB, a sus amigos.

No mintió. ¡Qué encantadora!

ALBERTO, a Akiab.

Con desparpajo expresivo,
da golpe la bailadora.

AKIAB

Todo en ella es sugestivo.

(Cuando Rosita termina, la aplauden.)

ELMIR, gracioso, a Akiab.

A derrochar va, Palmira,
las perlas de su garganta.

(Palmira se adelanta y hace una reverencia a
Akiab.)

AKIAB

Veamos cómo suspira
y si también nos encanta.

(Palmira canta, acompañada por las guitarras.)

PALMIRA

Cuando vi la lús del día
en la tierra de las flores,
te oí maresita mía,
que me dijiste: no llores.

Han sido tantas mis penas,
tan abundante es mi llanto
que hasta en mis horas serenas
siempre conmueve mi canto.

¡Amor, que causas mi duelo,
si no has de *compadeserte*
y darme alivio y consuelo,
llama en mi auxilio a la muerte!

Cuando vi la *lús* del día
en la tierra de las flores,
te oí, *maresita* mía,
que me dijiste: no llores.

(*Cuando concluye, todos la aplauden, menos Flavio.*)

AKIAB

Aunque la tonada es triste,
me embelesó la cantora.
Flavio, ¿por qué no aplaudiste?

FLAVIO

No sé.

ALBERTO, a *Akıab*, en voz baja.

Pensó en la que adora.

(*Akıab, sorprendido, se sonríe. Las gitanas bajan del estrado y, conjuntamente, bailan con castañuelas, siendo, al terminar, muy aplaudidas por Akıab y sus amigos.*)

AKIAB, a Alberto.

Con satisfacción sincera,
miro a todas; mas, no acierto
a ver cuál es la hechicera
que me ponderaste, Alberto.

ALBERTO

A Charito, ese es su nombre,
has de ver; pierde cuidado.
Dirás, cuando ella te asombre,
cuán poco la he ponderado.

(Charito se presenta por el foro con las galas del cuadro anterior.)

ESCENA IX

LOS MISMOS y CHARITO.

FLAVIO, entusiasmado, a Akiab.

Mírala... Al fin se presenta
y todas, en esta sala,
porque ninguna la iguala,
sufren derrota y afrenta.

(Akiab, Alberto y Flavio se irguen. Charito se detiene un instante cerca del estrado, donde su asiento ha quedado vacío, y luego avanza lentamente hacia Akiab. Abdul pasa del lado de Elmir.)

AKIAB

Es, ¿quién lo niega? un portento,
 un astro que causa enojos
 al mismo sol. Dan sus ojos
 sorpresa a mi alma y contento.
 Si es su arte cual su belleza,
 no habrá mujer en el mundo
 más digna de amor profundo
 y de adoración.

ALBERTO, *a Flavio, en voz baja.*

Su Alteza
 ya sabe quién es Charito
 y cuál su poder inmenso.
 Quemará, a sus pies, incienso.

FLAVIO, *suspirando.*

¡Ay, de mí! Estaba escrito.

CHARITO, *a Akiab, haciéndole
 una reverencia.*

Señor, de tu humilde esclava,
 perdona el torpe retraso.

AKIAB, *cautivado.*

Mi corazón te aguardaba
 como a Venus el Ocaso,

y, aun más que ella, deslumbrante,
apareces y no atino
a decir si es tu semblante
de un ser humano o divino.
Peregrina flor gitana,
embriágame con tu aroma
y tiernas notas desgrana
como arrulla la paloma.

CHARITO, *emocionada.*

Vuestra Majestad me abruma,
prodigándome loores;
aunque de hábil no presuma,
procuraré hacer primores
y oirás mi más dulce canto,
y bailaré cuanto quieras,
que anhelo agradarte tanto
o más que tus bayaderas.

FLAVIO, *a Alberto, en voz baja.*

¡Cómo se le agita el pecho
do el amor prende su llama!

ALBERTO

Y, en el tuyo, hay el despecho
y el tormento de quien ama.

FLAVIO

Sin que sufra la vergüenza
de haberme expuesto al desaire.

ABDUL, *a Elmir, en voz baja.*

Hoy, su fortuna comienza.

AKIAB, *a sus amigos.*

¡Qué salero y qué donaire!

(Charito canta, y entre cada copla, baila con castañuelas, acompañada por los guitarristas y jaleada por sus compañeras.)

CHARITO

Gitana del Sacro Monte,
humilde flor de Granada,
es la Alhambra tu horizonte
y una cueva tu morada.

Riendo pasas todo el día;
de chistes, haces derroche;
¿quién piensa, al ver tu alegría,
que lloras penas de noche?

Te dicen: canta, morena,
y baila, después que cantas,
y tierno tu canto suena
y ágiles mueves las plantas.

Desatas el entusiasmo
y todos los corazones
te manifiestan su pasmo
en ruidosas ovaciones.

¡Ay! Si entre ellos uno se halle
 por quien suspires mañana,
 ordena al amor que calle
 y sigue riendo, gitana.

(Cuando termina, todos, inclusive sus compañeras y los guitarristas, la aplauden y vitorean. Akiab que, apasionado, la contempló y escuchó, se irgue, imitándolo sus amigos, para aclamarla y se acerca a Charito.)

AKIAB

No me cansara de oírte;
 quisiera siempre mirarte
 y, entusiasmado, aplaudirte.
 ¡Cuánta hermosura! ¡Cuánto arte!
 Siento un júbilo infinito.

(A Elmir, echándole un bolsón.)

Elmir, distribuye ese oro.

(Asiendo la mano de Charito.)

Desde hoy es tuyo, Charito,
 mi corazón. Yo te adoro.

CHARITO, *a sí misma, ruborizada.*

¡Indecible emoción nueva!

AKIAB

Iré a verte cada día
 para pedirte, en tu cueva,
 con tu encanto, mi alegría.

TELON



CUADRO III

La cueva de Charito.

Muebles rústicos y, entre ellos, un banco. En un escaparate hay objetos de cobre y de mimbre fabricados por los gitanos. Puerta al foro y, a la izquierda, otra más pequeña.

ESCENA X

FLAVIO y ELMIR.

FLAVIO

Dime, Elmir, ¿por qué la gente
del Sacro Monte revela
en los morenos semblantes
al par orgullo y tristeza ?
¿Por qué, al gemir las guitarras,
exhalan más hondas quejas,
sin que nazca el entusiasmo
al sonar las castañuelas ?

Los canoros ruseñores
se callan en la Alameda
de cuyas fuentes el agua
brotó silenciosa y lenta;
el sol no brilla como antes
y luce menos la vega.
¿Será cierto que Charito,
causando unánime pena,
ingrata, nos abandona
y de Granada se aleja ?

ELMIR

Tal vez Akiab la conquiste,
pues, desde la noche aquella
que Charito, aun más graciosa,
derrochaba en su presencia
encantos y habilidades,
olvidó a sus bayaderas
y, locamente prendado,
sólo suspira por ella.
No deja pasar ni un día
sin buscarla aquí en su cueva
para ofrecerle de hinojos
la mitad de su diadema,
y a seguirle al fin, amándole,
la implora que se resuelva.

FLAVIO

Varón apuesto, gallardo,
Akiab cautiva de veras.

ELMIR

Y su pasión vehemente,
no cabe duda, es sincera
como la bondad de su alma
que no engaña con promesas.

FLAVIO

¡Cuán conmovida, Charito
le oírás sus palabras tiernas!

ELMIR

Retírate; esta es la hora
en que a visitarla llega.

FLAVIO

¡Feliz él a quien consiente
le hable de amor en su cueva!

(Sale por el foro.)

ESCENA XI

ELMIR y CHARITO.

CHARITO, *entrando por la izquierda.*

¡Pobre Flavio! Sorprendida,
le oí decirte su pena.

¡Ay! Me ha llegado hasta el alma
su tierna y profunda queja.
Sólo puedo agradecerle
el amor que le atormenta
y que, por buen caballero,
feliz le correspondiera
si hoy, lejos de su cariño
no me llevara mi estrella.

ELMIR

A la Alhambra voy, corriendo,
en caza de unas pesetas;
tú, con Akiab, hija mía,
mucho tino y gran prudencia,
ni una excesiva confianza,
ni una frialdad que le ofenda.

(Sale por el foro.)

ESCENA XII

CHARITO, *con la mano sobre
el corazón.*

¡Cuál lates, corazón mío,
presintiendo que se acerca
aquél por quien hoy suspiras
y que, con su amor, te alegra!

(Ismael entra por el foro, súbitamente.)

ESCENA XIII

CHARITO e ISMAEL.

CHARITO

Ismael, ¡tú!... ¿A qué vienes?
Vete pronto.

ISMAEL

¿A quién esperas?
No me iré sin que me escuches
y mis palabras son éstas:
ya que mi amor rechazaste,
verás cómo al fin se venga
el corazón de un gitano
al que orgullosa desprecias.
Aun es tiempo; reflexiona.
No persistas en tu ofensa.
Mía, o de nadie, he de verte.

CHARITO

Requiebros como insolencias,
todo, de ti, lo desprecio.
No has logrado que consienta
en alentar ni un instante
tus amorosas protestas
y tu rencor hoy se aviva
al saber que otro me aprecia,
más que tú me ama y me ofrece
dicha, fortuna y grandeza.

ISMAEL

Esos ambiciosos sueños
son los que de mí te alejan.
Impediré que se cumplan.
Mi venganza será fiera.

CHARITO

Arrogante, pendenciero,
siempre lo fuiste. Alardeas,
cual de plantar en el blanco
la navaja con destreza,
de llevar, de un moro excelso,
la sangre azul en tus venas,
y así: « El Rey de los Gitanos »,
sueles firmar tus esquelas,
sin que, con nobles acciones,
serlo en verdad lo merezcas.
Nunca has pedido al trabajo
los medios de tu existencia,
que labor tosca repugna
a varón de estirpe regia,
y, estimando más honroso
vivir de trampas y deudas,
con las artes de Charito
quieres dorar tu miseria
y, por explotarla, finges
morirte de amor por ella.
Celos no, rabia y despecho
sientes, en tu alma, al perderla.
Vete; si se arma un escándalo,

sufrirás las consecuencias
de tu bravata. Prometo
guardar oculta la ofensa.

ISMAEL

Me voy, futura sultana,
riéndome de tu clemencia.
Mía, o de nadie, he de verte.

(Haciendo la cruz con los dedos.)

Vuelvo a jurarlo, por ésta.

(Al salir, se cruza con Akiab.)

ESCENA XIV

CHARITO y AKIAB.

AKIAB

Salud, preciosa Charito.

CHARITO

Ella las manos te besa.

AKIAB

De aquí vi salir a un hombre
con semblante hosco. ¿Quién era?

CHARITO

Ismael, mi primo hermano.
Conozco su alma perversa
y evito su compañía.
Le ordené que no volviera.

AKIAB

Muy bien hecho. Ahora, escúchame.
Que accedas a ser mi reina,
por última vez. lo imploro,
antes que parta a mi tierra.

CHARITO, *impresionada.*

¿Cuándo te alejas?

AKIAB

Mañana,
a menos que me detengas.

CHARITO

Grandeza y dicha me ofreces
que no merece tu sierva.

AKIAB, *llevándola a sentarse
en el banco y poniéndose a sus plantas.*

Si tu corazón es mío,
y en ello mi amor se empeña,

tú serás, de mi albedrío
como de mi Imperio, dueña.

Poderosa y adorada,
reina y diosa bendecida,
orgullo y prez de Granada,
brillarás toda tu vida.

A mi alcázar ven, triunfante,
y, con majestad suprema,
ostentarás el turbante
cual riquísimo diadema.

En él, las piedras más finas,
los diamantes de Golconda
reflejarán tus divinas
perfecciones en cada onda,
la fama de mis acciones,
la gloria de mi linaje.

De todos los corazones,
recibirás vasallaje;

y, orando por tu ventura,
tributándote obediencia,
ellos dirán tu hermosura,
bondad y magnificencia.

De ti, mi única sultana,
mis repudiadas esposas
serán, a cual más ufana,
las esclavas obsequiosas
que perfumarán la fuente
de tu ablución matutina
y abanicarán tu frente
cuando el sueño te domina,
o, atentas a tus miradas,

apenas tú lo deseas,
con tu esplendor asombradas,
te cubrirán de preseas.
Verás, si por los pensiles
de mi alcázar vas, airosa,
paseando tus abriles,
cómo la soberbia rosa,
que sólo se abre en Bengala,
al admirarte se humilla,
su aroma, a tus pies, lo exhala,
dobla el tallo y ya no brilla.

CHARITO

Señor, no excites mi orgullo,
deslumbrándome, ¡oh, tristeza!
en tu tierno y dulce arrullo,
con visiones de grandeza.

AKIAB

Escucha: irás a mi lado
por mi capital radiante,
bajo el dosel paseado
por el muy manso elefante
que su cornac adereza
ricamente, y admirada
será tu rara belleza
por la plebe prosternada.
Los jinetes, que yo escojo
por más nobles y valientes,
harán brillar, al sol rojo,

en sus yeguas impacientes,
 los innúmeros aceros
 de la escolta, mientras miras
 los palacios hechiceros
 y las pagodas admiras
 que el arte asiático eleva,
 y, entre mi pueblo sumiso
 y leal a toda prueba,
 rodará, si das permiso,
 el carro de blancos bueyes
 do, abriéndose paso, clama
 por bendecir a sus reyes
 el sacerdote de Brahma.

CHARITO

En ese reino grandioso,
 mal puede gitana obscura,
 ni al brazo de un tierno esposo,
 lograr influencia y ventura.
 Y, si reinara en el suelo
 que un río sagrado riega,
 bajo el zafiro del cielo,
 en la esplendorosa vega,
 tal vez mi melancolía,
 al suspirar por Granada,
 a mi Rey ofendería.

*AKIAB, sentándose a su lado
 y enlazándola.*

No temas. Idolatrada
 te sentirás en mis brazos

y con la India harás tú mismo
más fuertes los tiernos lazos,
contentando mi egoísmo.
Por que vuelva tu alegría
cuando a tu patria recuerdas,
a tus plantas pulsaría,
de tu guitarra, las cuerdas.
Nostálgicas añoranzas
disiparán mi ternura
y, en tus cantos, en tus danzas,
me prodigarás dulzura,
siendo sólo yo, tu esposo,
maravillándome tu arte,
quien pueda, amante celoso,
aplaudirte y admirarte.
En tibias noches de luna,
será en mi excelsa terraza,
fragante como ninguna,
donde tu alma se solaza
y adonde, en leve murmullo,
se elevarán las canciones
que, enardecido mi orgullo,
te dedican los santones
ufanos de su indigencia.

CHARITO, *hablándose a sí misma.*

¿A quién no halaga y sonrío
esa dorada existencia?
Y, aun cuando el delirio expío
de su ambición imprudente,
¿dónde habrá mujer alguna

que rechace tercamente
dicha, grandeza y fortuna ?

AKIAB

Dispensarás, a tu antojo,
la justicia y la clemencia,
y, si provoca mi enojo,
de un Rey rival, la insolencia
y a castigarla me obliga,
sereno iré a la jornada;
tu amor hará que consiga
más gloria mi invicta espada.

CHARITO

Mi religión no es la tuya,
señor, y mi alma se inquieta.

AKIAB

Que, de ella, la inquietud huya.
A Dios se adora y respeta,
lo sé, con diversos nombres
y es uno solo el que rige
los destinos de los hombres
y que le den cuenta exige
de acciones buenas y malas.
Con la fe que te prosterna,
pide, en las preces que exhalas,
que nuestra dicha sea eterna.

CHARITO

Huérfana quedé en la cuna
y me dió amparo y consuelo
Elmir.

AKIAB

En hora oportuna,
haré menos cruel su duelo
y el de todos al perderte.
De tu corazón imploro
sentencia de vida o muerte;
accede, sin par gitana,
sabiendo cuánto te adoro,
a ser mi esposa y sultana.

CHARITO, *irguiéndose al par que Akıab.*

A la voluntad me inclino
de mi Augusto Soberano.
Se cumplirá mi destino;
resistirle fuera en vano.
Soy tuya desde el gran día
que ante mis ojos te erguiste;
verte, oírte es mi alegría;
en tu ausencia vivo triste.
La agradecida gitana
te sigue a lejano mundo
sin recelo, ¡cuán ufana
de tu cariño profundo!
Reclino sobre tu pecho
mi frente en la humilde cueva

y alĺ, bajo su áureo techo,
el Rey que al trono me eleva
veŕ, en mi alegre semblante
y en mi muy tierna mirada,
que soy su dichosa amante,
aunque no olvido a Granada.

*(Apoya la frente sobre el pecho de Aḳiab que
la besa.)*

TELON

CUADRO IV

La misma sala del cuadro segundo, en el hotel Wáshington Irving, engalanada con flores blancas y sin el estrado.

ESCENA XV

FLAVIO y ALBERTO.

(Llegan por el foro.)

FLAVIO

Escucha, querido Alberto,
la pesadilla tremenda
que oprimió mi pecho anoche
como con garras de fiera.
Oí doblar, en la ermita,
las campanas de la iglesia
y a un cuerpo de mujer virgen
vi que en alba caja encierran.

Siguiéronla lentamente
los que moran en las cuevas,
sus ojos vertiendo lágrimas,
sus pechos lanzando quejas,
y exclamé: ¿Dime, Granada,
de quién la muerte lamentas
que, consternados, tus hijos
se agolpan en esa cuesta
por donde el féretro sube
de la sentida doncella
y, descubriendo la frente,
su imprevisto fin comentan ?
En redor del coche fúnebre,
con innúmeras y espléndidas
flores blancas adornado,
las queridas compañeras
de Charito sollozaban.

Pensé que murió una de ellas
y dije: ¡Feliz mil veces,
tú que, por linda y por buena,
con quien te adora vas lejos
de Granada y de tu cueva,
y, en el viaje hacia las Indias,
hoy no sufres igual pena !
¡Qué miro ! Akiab, ¡oh, tormento !
preside el duelo y refleja,
en el lívido semblante,
su aflicción atroz, horrenda.
Cabizbajo avanza, trémulo,
que, al golpe de suerte fiera,
sus plantas van vacilantes

como si a... fueran.
Clamé al cielo: ¡no es posible
que la pongan bajo tierra
a la que, ayer desposada,
trocó, mercedamente, ← *realizando quimeras,*
en un palacio, su cueva
y, sin vanidad ni orgullo,
de gitana ascendió a reina!

ALBERTO

¿Por qué te conmueve tanto
tu pesadilla embustera?
Ostentando galas blancas,
disfruta de la existencia,
la gitana más gloriosa
que el Genil vió en su ribera.
Celebrado el matrimonio
en la señalada fecha,
hoy, tras el rito gitano,
lo ha bendecido la Iglesia.
Quisiste que te escuchara
y abandonamos la mesa
del opíparo banquete
servido en vecina pieza,
donde a los novios, y a todos,
sorprenderá nuestra ausencia.
Olvida el horrible sueño,
guardando siempre secreta
la llama que te consume
y cuyo ardor te enajena.

Quien se resignó a darle
 su pasión a una doncella,
 no le suspire, casada,
 su adoración y su pena.

FLAVIO

Sabré callar, pero dudo
 que, en la bulliciosa fiesta,
 consigan tranquilizarme
 guitarras y castañuelas.

(Por el foro, Charito con galas de novia, Akiab con lujoso traje indio, Elmir y Abdul entran, seguidos de las gitanas y de los guitarristas que tocan un pasacalle.)

ESCENA XVI

FLAVIO, ALBERTO, CHARITO, AKIAB, ELMIR,
 ABDUL, GITANAS y GUITARRISTAS.

ELMIR

¡Vivan los augustos novios!

ABDUL

¡Viva la regia pareja!

TODOS, menos los novios.

¡Viva!

AKIAB

Gracias.

CHARITO

Lo agradezco.

Muy feliz soy; más lo fuera
si no os dejara en Granada.
Nunca olvidaré mi cueva
donde mis risas y cantos
sonaban sin que sintiera
ansia de gloria y fortuna,
ni acariciara quimeras,
ni contemplara visiones
de una súbita grandeza.
Cuando os diga adiós mañana,
pensad que Charito os lleva
en el corazón a todos
los que la quieren y aprecian.
Vosotros, Flavio y Alberto,
que, en ocasiones diversas,
me honraisteis, dándome orgullo,
con vuestra amistad sincera,
no me olvidéis, persuadidos
de mi gratitud eterna.

TODOS

¡Viva Charito!

FLAVIO, *exaltado, a Alberto.*

Al nombrarme,

sentí aún más que mi alma es de ella.

ALBERTO

Cálmate.

AKIAB

Nadie se aflija
porque Charito se aleja.
Su tierno esposo promete,
y cumplirá su promesa,
volver muy pronto a Granada
con vuestra hermana y su reina.

ELMIR

Gitanos, decid conmigo:
¡Bendiga Dios a Su Alteza!

TODOS

¡Viva! ¡Viva!

ELMIR

Supliquemos
al gran Akiab que consienta
que, en la boda regia cante
la novia, una vez siquiera.

AKIAB

Otorgado está el permiso.
Yo soy el que más desea
que la admiren y la aplaudan
por su gracia y su belleza.

· TODOS

¡Viva Akiab! ¡Viva Charito!
¡Gloria a la augusta pareja!

(Todos aplauden a Charito cuando se adelanta para cantar. Akiab, Alberto y Flavio se sientan del lado derecho. Abdul, en pie, queda cerca de Akiab. Elmir, en pie igualmente, permanece a la izquierda con el grupo de las gitanas. Los guitarristas ocupan el centro de la sala.)

CHARITO, cantando.

¡Adiós, querida Granada!
Tú, bajo un límpido cielo,
brillas, siempre perfumada
por las flores de tu suelo.

¡Cuán deliciosa es tu vega,
lujo de la Andalucía!
¿Quién, cuando a tu seno llega,
no halla encanto y alegría?

Eres el edén de España;
brindas tranquilos placeres;
doquier tu bondad se extraña
y tu sol y tus mujeres.

¡Adiós, mi cuna y mi cueva!
 ¡Adiós, Alhambra famosa!
 Lejos, a la India, me lleva
 el Rey que me hizo su esposa.

Con mis suspiros, el viento
 os traerá, en todo instante,
 el más dulcísimo acento
 de mi alma fiel y constante.

(Todos, erguidos, la aplauden estrepitosamente. Akiab le estrecha las manos cariñosamente.)

FLAVIO, a Akiab.

En las coplas de Charito,
 ¡cuánta dulzura y terneza!

ALBERTO, a Akiab.

Será el deleite exquisito,
 si baila un tango Su Alteza.

AKIAB

No es la danza que prefiero.

FLAVIO

A mí también me disgusta.

ABDUL, a Akiab.

¿Consientes?

AKIAB

Será el postrero;
no cuadra a persona augusta.

ELMIR, *gracioso.*

¡Guitarras, mucha alegría!
Con toda la sal gitana,
un tango, sólo este día,
bailará una soberana.

(Charito le quita el sombrero de chulo a una de las gitanas y, calándoselo, baila. Las gitanas palmean. Todos forman corro.)

ALBERTO

¡Con qué garbo y qué soltura
taconea!

ABDUL

¡Eso es cadencia!

ALBERTO

¡Arte puro, donosura!

FLAVIO, *a sí mismo, tristemente.*

¡Me pesará la existencia!

ELMIR

Bajo el sombrero de chulo
 nunca fué más deliciosa.
 Nadie dirá que la adulo.

*(Charito, bailando, se quita el sombrero y lo
 echa a los pies de Akiab.)*

AKIAB

¡Olé, mi reina y mi diosa!

*(Mientras suenan unánimes aplausos y vivas
 estrepitosos, Ismael se lanza súbitamente desde
 la puerta del foro y asesta una puñalada en
 el corazón a Charito.)*

ESCENA XVII

LOS MISMOS e ISMAEL.

ISMAEL

¡Venganza!

(El puñal cae al suelo.)

CHARITO, desplomándose en
 los brazos de Akiab.

¡Ay!

LAS GITANAS

¡Virgen María!

LOS GUITARRISTAS

¡Jesús!

ELMIR, *sujetando a Ismael.*

Ismael, ¿qué has hecho?

ISMAEL

Le juré, si no era mía,
clavarle mi arma en el pecho.

(Akiab, de hinojos, sosteniendo en sus brazos a Charito, implora a Flavio que, de muy cerca, contempla a la gitana con la más viva expresión de dolor en el semblante.)

AKIAB, *a Flavio*

¡Que la ciencia haga, en tus manos,
un milagro, al socorrerla!

FLAVIO, *con agitación grande.*

La joya de los gitanos
del Sacro Monte, su perla,
mi ídolo era. La adoraba,
pero en silencio sufría
porque tu amor la exaltaba
y, en la India, reina sería.

(A Ismael.)

Sin piedad le diste muerte,
gitano cruel y maldito,
¡Y aun vives!

(Coge el puñal en el suelo.)

Muerto he de verte.

(Le mata.)

Estás vengada, Charito.

TELON

SALUS POPULI

Drama histórico, en un acto y en prosa.

Señor don GABRIEL PINO ROCA :

Este drama nacional, escrito con arreglo a la hermosa narración histórica publicada por usted en La Ilustración, de Guayaquil, y titulada «El Fusilamiento de Viola», es tan suyo como mío. Agradeciéndole su beneplácito por mi labor, me honro, al dedicarle esta obra, en darle público testimonio de mi sincero aprecio y buena amistad.

VÍCTOR M. RENDÓN.

REPARTO

DOÑA MERCEDES, madre de García Moreno, 60 años.

DON GABRIEL GARCÍA MORENO, Presidente de la República del Ecuador, 42 años.

DOCTOR SANTIAGO NAVARRO VIOLA, abogado, de nacionalidad argentina, 50 años.

ILMO. SEÑOR DOCTOR DON JOSÉ TOMÁS DE AGUIRRE Obispo de Guayaquil, 55 años.

EL GOBERNADOR de Guayaquil, 40 años.

EL PADRE MIGUEL FRANCO, Rector del Colegio San Vicente, 45 años.

DON FRANCISCO MARTÍNEZ, Capitán de Navío, Edecán del Presidente, 32 años.

CAPITÁN DON ANTONIO JOSÉ DE SUCRE, Ayudante de la Comandancia, 30 años.

La acción en el Palacio de la Gobernación de Guayaquil, el 23 de Junio de 1865, por la tarde.

García Moreno, de regular estatura, delgado, facciones distinguidas, semblante severo, bigotes cortos; viste de negro, levita militar y botas altas. El doctor Viola, de mediana estatura, cuerpo algo grueso, tez blanca, cabello negro, canoso en las sienes, barba negra cerrada; su andar es pausado; viste de levita negra, chaleco blanco y pantalón de color obscuro; cubre la cabeza con un alto sombrero de copa; usa gafas de oro; se apoya en un bastón de puño fuerte, de oro. El Gobernador viste de americana. Los Capitanes ostentan sus correspondientes uniformes. El Obispo y el Padre Miguel visten sus respectivos hábitos eclesiásticos. Doña Mercedes, distinguida y aun hermosa, se presenta con sencillo vestido negro, envuelta en una manta de igual color, que le cubre también el cabello negro, de pocas canas.

SALUS POPULI

Drama histórico, en un acto y en prosa.

ACTO UNICO

Una sala de despacho en el Palacio de la Gobernación de Guayaquil, con elegantes muebles. Puerta grande, central, al foro; otra, de menores dimensiones, al lado derecho; una ventana, del lado izquierdo, por donde el sol penetra. Del mismo lado, una mesa grande, frente a la cual, pero distante, hay otra menos importante; ambas con recado de escribir, papeles, oficios, etc. Un sillón cerca de la mesa grande, del lado opuesto al del escribiente.

ESCENA PRIMERA

EL GOBERNADOR y el CAPITÁN MARTÍNEZ

(El Gobernador está mirando por la ventana abierta; Martínez se halla sentado a la mesa pequeña y escribe.)

EL GOBERNADOR

Las calles están desiertas... La ciudad permanece silenciosa... El espanto y la consternación reinan doquiera.

MARTÍNEZ

El castigo de los revolucionarios fué terrible.

EL GOBERNADOR, *desde la ventana.*

El Jefe del Estado ha sido, como siempre, implacable.

MARTÍNEZ

Su venganza, tal vez, no esté completamente satisfecha.

EL GOBERNADOR, *yendo hacia el centro.*

¿Cree usted, Capitán Martínez, que se inmolará a algún otro culpable?

MARTÍNEZ

Lo temo, señor Gobernador. El ceño del Presidente sigue fruncido y, mientras se le vea sombrío el semblante, la ira no estará aplacada en su alma. Nadie que haya osado afrontar su encono escapará a la severa justicia de Su Excelencia.

EL GOBERNADOR

Es un varón extraordinario don Gabriel García Moreno. Unos le admiran; otros le odian.

MARTÍNEZ

Los maldicientes le llaman tirano sanguinario.

déspota cruel, impresionados por el fusilamiento de Maldonado, por la fustigación del General Ayarza, por el espeluznante fin de Juan Borja.

EL GOBERNADOR

Los inmoló sin piedad.

MARTÍNEZ

Por razón de Estado y como una imperiosa necesidad para la paz y el progreso de la amada Patria.

EL GOBERNADOR

Sus partidarios le alabamos —y con razón— su inteligencia, en la que descuellan el saber y la erudición, haciéndole poeta a sus horas; le ensalzamos por su integridad indiscutible; le aplaudimos su ardiente patriotismo.

MARTÍNEZ

El Clero, al cual dispensa tantos favores, le sostiene, enardeciéndole el fervor religioso.

EL GOBERNADOR

Mientras sus denigradores le tratan de fanático intolerante.

MARTÍNEZ, *yendo hacia el Gobernador.*

Con su aspecto grave, imponente, aterra al

adversario; pero, con su amabilidad, seduce a quien se granjea su simpatía. Tiene aguda y penetrante la mirada como el cóndor y, a veces, parece que, del rey de los aires, tuviera también las alas vigorosas para trasladarse rápidamente de la capital a la ciudad lejana donde sus adversarios trastornan el orden público.

EL GOBERNADOR

Pasma, en verdad, la rapidez con que vino ahora a Guayaquil desde Quito para debelar la revolución capitaneada por el Comandante José Marcos... Usted viajó con él. Dígame, pues, ¿cómo salvó la enorme distancia en tan corto tiempo?

MARTÍNEZ

No bien supo en Quito que los revolucionarios se habían apoderado del vapor de guerra *Guayas*, Su Excelencia dejó encargado el mando supremo al Vicepresidente y, a caballo, se puso en marcha precipitada hacia aquí.

EL GOBERNADOR

Le acompañabais únicamente vos y dos asistentes.

MARTÍNEZ

Nadie más. Sólo se detuvo en las grandes poblaciones el tiempo indispensable para relevar las cabalgaduras y tomar un ligero refrigerio. En

la carretera no paraba el caballo sino cuando veía aproximarse algún posta que llevaba a Quito nuevas comunicaciones vuestras. Las leía rápidamente y, sin desmontarse, escribía órdenes al margen de los oficios. Volvía después a emprender la marcha con mayor celeridad.

EL GOBERNADOR

Su constitución parece de hierro.

MARTÍNEZ

Es incansable. De Babahoyo vinimos finalmente a este puerto en una mala embarcación cuyos remeros, a la voz y gesto del Presidente, la impulsaban sin descanso.

EL GOBERNADOR

Nadie le aguardaba aquí. Su presencia en el Malecón causó un pánico general.

MARTÍNEZ

Apenas hubo abrazado a doña Mercedes, su venerada madre, dechado de virtudes, vino a esta sala de la Gobernación, donde instaló su despacho.

EL GOBERNADOR

Con febril actividad forjó aquí el plan para combatir a los revolucionarios.

MARTÍNEZ

Poco tardó hasta apoderarse *manu militari* del vapor inglés *Talca* que iba a zarpar en viaje al sur.

EL GOBERNADOR, *riéndose*.

Oí las vanas protestas de su Capitán. El gringo tuvo que contentarse con la promesa de resarcir daños y perjuicios a la Compañía británica.

MARTÍNEZ

Y doscientos soldados ocuparon la nave extranjera convertida en un buque de guerra ecuatoriano con oculta artillería.

EL GOBERNADOR

Mientras acompañaba hasta el muelle a don Gabriel, improvisado Comandante en Jefe del Ejército, fuí observando cómo erguía el busto en su negra y larga levita militar, y cómo le relampagueaban los ojos bajo el fino sombrero «jipijapa». Su mano derecha apretaba febrilmente el pequeño antejo de larga vista que llevaba pendiente de una correa terciada sobre el pecho y la espalda. Se embarcó el último, después del Estado Mayor en que ibais como Edecán de Su Excelencia junto al Capitán Sucre, su Ayudante.

(*El Capitán Sucre entra por el foro.*)

ESCENA II

LOS MISMOS y el CAPITÁN SUCRE.

MARTÍNEZ

¡Hola!, Capitán Sucre, se diría que acude porque oyó sonar su nombre

SUCRE

Señores, ¿en qué puedo servirlos?

MARTÍNEZ

Hablábamos de la expedición contra los rebeldes... Debo, sin demora, transcribir un oficio. ¿Quiere usted referir al señor Gobernador lo que ocurrió desde que salimos en la improvisada nave de guerra, a la que convoyaba el vaporcito fluvial *Smyrk*, armado con una pieza de artillería?

(Va a sentarse a su mesa y escribe).

SUCRE

Fuimos río abajo, en persecución de los revolucionarios ¡cuán desprevenidos! Porque, ¿cómo pudieran sospechar que el Presidente había llegado de Quito en tan poco tiempo?

EL GOBERNADOR

¿Quién negará la resolución y audacia de



nuestro ínclito Jefe para sorprender, en aguas de Jambelí, a la flotilla revolucionaria?

SUCRE

Los que la comandaban, al ver que el vapor inglés *Talca* se acercaba, creyeron que iba en viaje ordinario a la costa del Perú y no hicieron caso de su presencia hasta que fué disparado el primer cañonazo.

EL GOBERNADOR

¡Desdichados!

SUCRE

En media hora de fuego nutrido y de ataque bien dispuesto por los garcistas y de confusión en la defensa improvisada por los revolucionarios, redujimos a la impotencia el heroísmo desplegado por los que capitaneaban los vapores *Guayas* y *Bernardino*, y que se rindieron para evitar un mayor sacrificio estéril de vidas.

EL GOBERNADOR

Esperanzados, tal vez, en la generosidad del vencedor.

SUCRE

Hubiera sido conocerle mal.

EL GOBERNADOR

El General Urvina, caudillo de la revolución, ¿cómo logró escapar con su acompañante, el General Robles?

SUCRE

Porque ambos se hallaban en tierra, reclusando gente y procurando la adhesión de los pueblos vecinos a Machala... Lo que ocurrió después del triunfo me estremece aún el alma... Soy completamente adicto a García Moreno y, sin embargo, deploro que no haya escuchado la voz de la piedad. Crecerá el número de los que le odian y viven en la continua obsesión de darle muerte, hasta que quizás lo consigan.

EL GOBERNADOR

Difícil será, si no imposible. El Jefe es un valiente. Está bien custodiado y a nadie teme. Dice que al asesino que se le enfrente le temblará la mano.

SUCRE

Así lo creo.

EL GOBERNADOR

Prefiriera, sin embargo, igual que usted, verle más inclinado a la clemencia. La hecatombe actual es horrible.

SUCRE

Veintisiete prisioneros fueron fusilados en el trayecto de Jambelí a Punta Piedra, ya a bordo, ya en tierra.

EL GOBERNADOR

El perdón hubiera probablemente transformado a esos valientes en partidarios del Gobierno y buenos servidores de la Patria.

SUCRE

Admiré la serenidad del intrépido Comandante Marcos al morir, después que, a la colérica pregunta de nuestro Jefe: ¿Quién mandaba esta expedición pirática?, contestó altivamente: «—A mí me cupo esa honra.»

(Martínez, se irgue, deja la mesa y se acerca.)

MARTÍNEZ

Ningún prisionero imploró perdón. Todos, sin trepidar, declararon que asumían la responsabilidad de su conducta. Distinguióse entre ellos Juan Bohórquez. García Moreno le hizo fusilar, diciendo: «—Llevad a ese insensato a que acompañe a su jefe en el largo viaje que acaba de emprender.»

SUCRE

Uno hubo que imploró clemencia.

EL GOBERNADOR

¿Quién?

SUCRE

El Coronel José María Vallejo, lisiado de una pierna, como lo sabéis. Imploró clemencia, pero no para sí, para su hijo de diez y ocho años, al que había obligado a seguirle a fin de apoyarse a su brazo. Las lágrimas nublaron mis ojos cuando vi a ese joven pasado por las armas a la vista de su desdichado padre que se desplomó, casi perdido el juicio.

EL GOBERNADOR

¡Qué horrible cuadro!

SUCRE

Al volver en sí, el Coronel Vallejo fué, a su vez, arrastrado al patíbulo. Aun suenan en mis oídos sus últimas palabras: «—¡Tirano, te emplazo ante el tribunal de Dios!»

EL GOBERNADOR

Hoy, a vuestro regreso, este pueblo contempló horrorizado las largas filas de prisioneros que, amarrados unos a otros, eran conducidos a los cuarteles bajo la custodia de fuertes escoltas. Los guayaquileños apretaban el paso, angustiados, cabizbajos, yendo a esconderse en sus

casas, como si temieran ser víctimas de la ira inextinguible del vencedor.

MARTÍNEZ

No tardará en llegar aquí a dictar nuevas órdenes para dejar aplastadas todas las cabezas de la hidra revolucionaria, sin que ninguna de ellas vuelva a levantarse, sustrayéndose al tremendo castigo que le inflija.

SUCRE, *acercándose al foro.*

Oigo pasos... Es él... Me retiro a la sala vecina, donde aguardaré sus órdenes.

(Sale por la puerta lateral derecha.)

ESCENA III

EL GOBERNADOR,
EL CAPITÁN MARTÍNEZ y GARCÍA MORENO.

GARCÍA MORENO, *entrando por el foro.*

Señor Gobernador, ¿ha recogido usted algunas impresiones de los guayaquileños respecto del rigor de mi justicia ?

EL GOBERNADOR

La mayor parte de ellos está encerrada en sus casas. Los pocos que circulan guardan silencio.

GARCÍA MORENO

Con su mutismo revelan, aún más que si hablaran, sus sentimientos de improbación o de hostilidad. ¡Insensatos! Me llaman cruel. No comprenden que, cumpliendo mi deber de salvar a la Patria, soy implacable porque obedezco a la voz de mi conciencia, a la orden de Dios que puso la vara del poder en mis manos para que haga, de esta nación joven y turbulenta, un Estado próspero y pacífico, en el que reinen los sentimientos sanos y las instituciones católicas, sin lo cual todo fuera corrupción, perversidad y anarquía. Cumpliré religiosamente el mandato divino. Al amparo del Sagrado Corazón de Jesús, procuraré hacer del Ecuador una nación fuerte y grande, respetada, mientras el Hacedor Supremo no disponga, llamándome a su seno, que cese en la ardua misión que me ha impuesto. Correrá más sangre, cuanta sea necesaria. Exterminaré hasta el último de mis enemigos, que también lo son de Dios y de la Patria... (*Dirigiéndose a Martínez:*) Señor Capitán, escriba la proclama que voy a dictarle... Señor Gobernador, ¿ha visto usted al Capitán Sucre?

EL GOBERNADOR

Aguarda las órdenes de Su Excelencia en la pieza vecina.

GARCÍA MORENO

Sírvase decirle que me precisa hablarle.
(El Gobernador se inclina y sale por la derecha).

ESCENA IV

EL CAPITÁN MARTÍNEZ y GARCÍA MORENO

(Martínez está sentado a su mesa, listo a escribir.)

GARCÍA MORENO

Capitán, escriba.

«El Comandante en Jefe del Ejército a los Vencedores de Jambelí: ¡Amigos! La victoria ha coronado vuestro heroico valor y la Patria contempla agradecida la página gloriosa que habéis agregado a su historia. Dos vapores armados en guerra y dos buques de vela, guarnecidos por los piratas, se presentaron en línea de batalla a vuestros ojos en la bahía de Jambelí y, con sólo el vapor *Talca*, con cien guardias nacionales del *Guayas*, cincuenta lanceros y treinta y dos artilleros, os apoderaisteis de la flotilla pirática, en media hora de combate, venciendo a bayoneta y lanza la desesperada resistencia de cuantos no buscaron a nado su salvación en las aguas. A los valientes que iban en el *Smyrk* les cupo la gloria de tomar en Jeli al

Wáshington armado con doble número de piezas, y dirigido por los que, con insensato orgullo, se daban el título de caudillos y, con vil cobardía, huyeron cubiertos de lodo y de ignominia. Compañeros, os felicito por la brillante victoria con que el Dios de los Ejércitos ha premiado vuestro denuedo asombroso. La República está salvada por vuestro irresistible esfuerzo. Nuestras aguas están ya libres de piratas y los que se atrevieron antes a hollar Santa Rosa corrieron despavoridos al solo anuncio de nuestra presencia. Falta solamente que, a los que se hayan ocultado en los bosques o hayan vuelto a continuar la existencia de salteadores, los extermine el brazo de la justicia, envueltos en su propia sangre. De hoy más, el patíbulo será la garantía del hombre de bien. » (Pausa.) Déme a firmar. (Se sienta a la mesa grande. *Martínez* le lleva el documento. *García Moreno*, tras leerlo rápidamente, lo firma y entrega al Capitán.) Llévelo, en seguida, a la Comandancia.

(*Martínez* sale por el foro.)

ESCENA V

GARCÍA MORENO y, luego, EL GOBERNADOR.

García Moreno saca del bolsillo del chaleco un papel doblado, lo despliega y, fruncido el ceño, lo lee detenidamente. Se levanta y, mientras se pasea taciturno, el Gobernador entra por la puerta lateral derecha.

GARCÍA MORENO

Señor Gobernador, la Providencia, claro está, no me abandona.

EL GOBERNADOR

Merced a ella, Su Excelencia triunfó fácilmente de los facciosos.

GARCÍA MORENO

Me favoreció también, impulsando al negro Daniel a no cumplir las órdenes de su amo, el argentino Viola.

EL GOBERNADOR

¿Cómo así?

GARCÍA MORENO

Porque dispensaba toda su confianza a ese sirviente...

EL GOBERNADOR

A quien había protegido tanto...

GARCÍA MORENO

Por eso mismo, Viola le mandó de emisario a los insurrectos para avisarles mi marcha en pos de ellos. Daniel ha fugado, pero, como un

buen patriota, hizo llegar a mis manos este papel que Viola le confió y cuyos términos misteriosos no atino a descifrar completamente.

(El Capitán Sucre entra por la puerta lateral derecha.)

ESCENA VI

LOS MISMOS y EL CAPITÁN SUCRE.

SUCRE

Excelentísimo Señor...

GARCÍA MORENO, *interrumpiéndole.*

Capitán, dirija sus pasos inmediatamente a la casa del doctor Santiago Navarro Viola y exprésele a mi nombre que debe presentarse aquí sin pérdida de minuto.

(Sucre se inclina y sale por el foro.)

ESCENA VII

GARCÍA MORENO y EL GOBERNADOR

GARCÍA MORENO, *volviendo a mirar el papel.*

¡Cuánto diera, Señor Gobernador, por conocer el secreto que estos renglones encierran!

Escúchelos: «Compadre, acepto y queda amarrada la pelea, pero le advierto que mis gallos 5, 7 y 10 no son de a pico, sino de a navaja.»
 ¿A quién iba dirigida la misiva? ¿A Urvina?
 ¿A Robles...? ¿Lo sospecha usted?

EL GOBERNADOR

No podría decirlo.

GARCÍA MORENO

Poco importa. Más me interesa conocer cuáles son esos gallos de a navaja marcados con tres guarismos... Son conspiradores importantes, no cabe duda... Haré todo lo posible por despejar la incógnita. Dense por muertos si acierto a descubrir sus nombres... El castigo ejemplar tiene que ser completo en esta ocasión para evitar que se me obligue a repetirlo...

(Guarda el papel en el bolsillo del chaleco, se sienta a la mesa grande, escribe y encierra la hoja escrita en un sobre, al cual pone la dirección. El Capitán Sucre entra por el foro.)

ESCENA VIII

LOS MISMOS y EL CAPITÁN SUCRE.

SUCRE

Excelentísimo Señor, hallé a pocos pasos al

doctor Viola. Vino conmigo y aguarda el permiso de entrar.

GARCÍA MORENO, *irguiéndose, impaciente.*

Que pase inmediatamente.

(Sucre sale y vuelve con Viola, que, quitándose el sombrero de copa, lo deja en una silla y, apoyado en su bastón, avanza lentamente, con cierta dificultad en el andar, hasta la mesa en que escribía García Moreno, que clava la mirada en él.)

ESCENA IX

LOS MISMOS y VIOLA.

GARCÍA MORENO

Buenos días, doctor Viola.

VIOLA, *inclinando la frente ligeramente.*

Señor Presidente.

GARCÍA MORENO

Sírvase tomar asiento.

VIOLA, *permaneciendo en pie.*

Gracias. Estoy a su llamada.

GARCÍA MORENO, *sentándose.*

Sé que usted profesa ideas subversivas.

VIOLA

Ideas liberales ¿querrá decir ?

GARCÍA MORENO

Es igual, porque combaten la política de mi Gobierno, atentan contra la tranquilidad del Estado y, con sus innovaciones, tienden a desorganizar la sociedad.

VIOLA

Luchamos, cierto es, por que desaparezcan el poder absoluto y todo Gobierno autoritario, las Constituciones y leyes que oprimen las conciencias humanas, aherrojan el pensamiento, amordazan las lenguas que no adulan y atan las manos que, con la pluma, piden que no sean conculcados los derechos de los ciudadanos, reivindicados en gloriosa Independencia. Proponemos a reorganizar no a demoler la sociedad, dándole una existencia libre, sin amos que la humillen, aterren y desconsuelen.

GARCÍA MORENO

Vuestras ideas pugnan con las nuestras, que la Iglesia aprueba y bendice.

VIOLA

Combaten el fanatismo y la intolerancia, porque respetamos cualquier opinión ajena que sea honrada y sincera.

GARCÍA MORENO

Son funestas. Propagáis halagadoras promesas que engañan a los pueblos y alientan bajos sentimientos de envidia y odio.

VIOLA

Con ellas obtuvimos la abolición de la esclavitud y obtendremos para la humanidad menesterosa y doliente otros grandes beneficios, todas las libertades que los hombres tienen el derecho de exigir.

GARCÍA MORENO

La paz, que alteráis, es el mejor bien de los pueblos.

VIOLA

Pero no la que dan los déspotas, la paz de la tumba.

GARCÍA MORENO, irguiéndose, airado.

Reinará en el Ecuador la paz que yo imponga... Llego al objeto de mi llamada... Como usted es abogado, le hice venir para consultarle un punto

de derecho... (*Saca del bolsillo el papel que estuvo leyendo.*) Primeramente, quiero que me diga si reconoce la letra de esta misiva.

VIOLA

La reconozco. Fuí yo quien escribió ese papel.

GARCÍA MORENO

¿Tendrá la bondad de explicarme lo que esos guarismos significan? ¿A qué personajes se refieren?

VIOLA

Cometería una acción indigna si le complaciera. No soy un delator.

GARCÍA MORENO

Muy bien; pero, usted que vino prófugo de Buenos Aires, diz que por sustraerse a la tiranía del Presidente Rozas...

VIOLA

Cierto es.

GARCÍA MORENO

...consentirá tal vez en decirme —y ese es el punto de derecho que deseaba consultarle—, ¿qué pena merece un extranjero que, interviniendo en los asuntos políticos del país, al cual

pidió hospitalidad, secunda los esfuerzos de los revolucionarios ?

VIOLA, sencillamente.

De acuerdo con el criterio y sistema de usted, señor García Moreno, merece la pena de muerte.

GARCÍA MORENO

Usted mismo pronunció su sentencia... (*Dirigiéndose al Capitán Sucre:*) Señor Edecán, conduzca a este reo de Estado, con la debida guardia, al cuartel de Artillería. Diga allí al Comandante General que le ponga en capilla. La orden de hacerle pasar por las armas se la mandaré en seguida. Deberá cumplirla bajo obediencia militar, tan luego como la tenga en sus manos.

(*El Capitán Sucre se inclina silenciosamente y Viola, sin mirar a García Moreno, toma su sombrero, saliendo, de semblante sereno y paso lento, por el foro, seguido por Sucre.*)

ESCENA X

GARCÍA MORENO y EL GOBERNADOR

GARCÍA MORENO, paseándose, agitado.

Es todo un hombre ese doctor Viola.

EL GOBERNADOR

De alma bien templada.

GARCÍA MORENO

¡Qué altivez al dictar él mismo su sentencia de muerte!

EL GOBERNADOR

Y ¡qué impasibilidad al oírla confirmar de los labios de Vuestra Excelencia!

GARCÍA MORENO

Siento que no haya sido de mis amigos y lamento verme obligado a inmolarle en bien de la Patria... ¡Qué fuera de ella si perdonara a los extranjeros que conspiran contra mi Gobierno, jactándose de profesar doctrinas liberales y de combatir mi supuesta tiranía! Lo que esos liberales pretenden, combatiéndome, es adueñarse del poder para arruinar a la nación y hundirla en un abismo al propagar principios nefastos de una escuela abominable.

EL GOBERNADOR, *tímidamente*.

Viola goza de merecida fama como jurisconsulto. Todos le consideran y le aprecian.

GARCÍA MORENO

Su influencia, por sus muchos méritos, es perniciosa y muy temible. Precisa suprimirle... Morirá... Mientras más sobresaliente el enemigo, menos compasión debe inspirar.

(La puerta del foro se abre bruscamente y doña Mercedes se adelanta rápida hacia García Moreno. El Gobernador la saluda, inclinándose, y sale por la puerta lateral derecha.)

ESCENA XI

GARCÍA MORENO y DOÑA MERCEDES

DOÑA MERCEDES

¿Hasta cuándo sangre, Gabriel ?

GARCÍA MORENO

¡ Madre mía !

DOÑA MERCEDES

Vengo a arrebatarte una nueva víctima, a salvar a Viola.

GARCÍA MORENO

¡ Señora !

DOÑA MERCEDES

¿No te basta haber inmolado a veintisiete guayaquileños?

GARCÍA MORENO

Hice justicia.

DOÑA MERCEDES

Fuiste esclavo de la ira, vengándote. Quiero contener ahora tu locura y salvarte de la responsabilidad que pretendes asumir ante Dios y los hombres.

GARCÍA MORENO

Madre, no insista.

DOÑA MERCEDES

Me oirás hasta que mueva a piedad tu duro corazón.

GARCÍA MORENO

Dios y la Patria me ordenan que sea implacable.

DOÑA MERCEDES

El Dios que invocas no es el que te enseñé a adorar durante tu plácida niñez, cuando te arrullaba en mi regazo y te decía su bondad y mise-

ricordia. Nuestro Dios, el de tu honrado y piadoso padre, el mío, inculca el perdón de las ofensas y pone límites a la justicia humana.

GARCÍA MORENO

Obedezco a la voz de mi conciencia. Ella me ordena que desempeñe sin vacilación la misión providencial que el cielo me ha confiado para salvar a la Patria.

DOÑA MERCEDES

Te engañas. Obedeces ciegamente a tu ambición y a tu encono. Con criminales actos de crueldad no conseguirás la felicidad de la Patria.

GARCÍA MORENO

Señora, no se inmiscue usted en mi conducta política. Perdonar a Viola fuera un acto de debilidad. Razón de Estado me lo prohíbe.

DOÑA MERCEDES

¡Razón de Estado! ¡Cuántos crímenes se cometieron invocándola! No rechaces la súplica de tu madre. Concédeme la vida de ese desventurado.

GARCÍA MORENO

Me duele no poder complacerla.

DOÑA MERCEDES, *cuya manta cae al suelo.*

Gabriel, por la leche que has bebido de estos pechos, atiéndeme y perdona a Viola.

GARCÍA MORENO

El mismo, reconociendo su culpabilidad, se ha sentenciado a muerte. Una fuerza superior a las mías me ordena imperiosamente su inmólación... Morirá.

DOÑA MERCEDES, *derramando lágrimas.*

¡Hijo ingrato y desapiadado!

GARCÍA MORENO

Perdón, madre; perdón.

DOÑA MERCEDES

¡Ay! ¡Las imprecaciones del pueblo seguirán destrozándome el alma! Dicen que tienes entrañas de hiena.

GARCÍA MORENO

El pueblo, injusto hoy, reconocerá algún día que en mi corazón hubo inagotable energía para engrandecer a la Patria, acabando con sus enemigos... (*Se acerca a doña Mercedes, le toma la mano y se la besa*). Aléjese, madre mía. Usted

no puede dudar de mi respeto y cariño. Perdóneme que no la obedezca.

(Recoge la manta, que quedó en el suelo, y la coloca sobre los hombros de doña Mercedes, a la que acompaña hasta la puerta del foro y allí le besa la frente. Ella sale, llorando, trémula y cabizbaja.)

ESCENA XII

GARCÍA MORENO

Mis enemigos han conseguido que hasta mi santa madre dude de mi abnegación a la Patria y me juzgue mal... *(Alzando los ojos al cielo.)* ¡Dios mío, no me abandones en la santa misión de bienhechor del Pueblo Ecuatoriano que me has impuesto!

(El Padre Miguel, abriendo lentamente la puerta del foro, se detiene en el umbral.)

ESCENA XIII

GARCÍA MORENO y EL PADRE MIGUEL.

EL PADRE MIGUEL, desde la puerta.

Excelentísimo Señor, ¿da usted permiso?

GARCÍA MORENO

Venga, Reverendo Padre. (*El Padre Miguel, en actitud humilde, se adelanta, quedando a cierta distancia de García Moreno.*) Llega oportunamente para confortar mi espíritu agobiado. Oiga hablar mi conciencia.

EL PADRE MIGUEL

Nada tiene que reprocharse el más preclaro, virtuoso y justo de todos los Jefes de Estado. Vuestro nombre será ensalzado por las generaciones futuras hasta en países remotos.

GARCÍA MORENO

Usted conoce mis más íntimos pensamientos y sabe la obra de regeneración y engrandecimiento, de constante progreso que, mediante el auxilio divino, anhelo llevar a cabo en nuestra desdichada Patria.

EL PADRE MIGUEL

Obra hermosa, magnífica.

GARCÍA MORENO

Haré que, como en un espejo, se refleje mi propia integridad en todos los funcionarios públicos. Haré que, con el desarrollo de la instrucción, a impulso de la fe, se eleve el nivel de la

inteligencia en la clase laboriosa y pobre. Llamaré a sabios europeos para la enseñanza en escuelas y facultades que abriré. No faltará el trabajo a los obreros. Habrá carreteras en todo el territorio y las extenderé hacia nuestro portentoso Oriente, donde las Misiones que establezco impedirán el avance y despojo con que nos amenazan los vecinos pueblos codiciosos.

EL PADRE MIGUEL

¡Labor admirable, espléndida!

GARCÍA MORENO

Haré reinar a la virtud en el hogar. No toleraré magistrados corrompidos. Elevaré la cultura del militar para que sea un pundonoroso defensor de la nación, incapaz de traicionar al Gobierno. Aplastaré la anarquía. Sólo la paz interna da alas a la civilización y al progreso. Seré el terror de los malvados, el estímulo de los buenos, un infatigable patriota y el más firme defensor de la Iglesia católica.

EL PADRE MIGUEL

La historia dirá que García Moreno, sublime y heroico Presidente, administrador genial, escrupuloso hacendista, educador del pueblo y padre de los pobres, tuvo la privilegiada inteligencia de un sabio, el intrépido patriotismo del más

glorioso prócer, las ejemplares virtudes de un celoso apóstol y la bella alma del campeón de la fe que afronta el martirio serenamente. Los ecos del Vaticano dirán al mundo, hablando de Vos: «—Fué un varón demasiado grande para una nación pequeña.»

GARCÍA MORENO

Sólo pido a mis compatriotas que juzguen mis acciones imparcialmente, condenando las que, porque soy un ser humano, fueron culpas o errores; pero reconociendo en mi política honradas intenciones. No se diga que fuí ambicioso y egoísta, sin considerar que, en mi puro amor patrio, ansié el poder para apaciguar a la nación y engrandecerla. No se me llame perennemente vengativo y cruel porque mi justicia, como la de Richelieu, fué implacable, terrífica.

EL PADRE MIGUEL

Imponiendo el castigo del patíbulo a los perwersos, salváis de la muerte, en luchas intestinas, a centenares de ciudadanos útiles a la Patria.

GARCÍA MORENO

No se murmure que, en la ostentación de mis creencias religiosas, hubo la hipocresía de un astuto gobernante. Créase que bien arraigadas las llevé en el alma, convencido de que, sin

ellas, las naciones peligran, van al desaliento, a la inmoralidad, al aumento de vicios y crímenes, al caos y al abismo.

EL PADRE MIGUEL

¡Infeliz Patria, la nuestra, si desaparecierais, dejando incompleta vuestra extensa obra regeneradora! Llegaría el día que el Ecuador desmembrado, empobrecido, sin crédito, campo de Agramante de mezquinas ambiciones, de persecuciones sectarias, de inicuos procedimientos, dejaría oír voces doquier, implorando al cielo que, para salvar a la Patria, surja otro García Moreno.

(El Capitán Martínez se presenta por el foro.)

272

ESCENA XIV

LOS MISMOS y EL CAPITÁN MARTÍNEZ.

MARTÍNEZ

El Ilustrísimo Señor Obispo Aguirre os pide audiencia.

GARCÍA MORENO

Muy gustoso le recibiré... *(Martínez va hacia la puerta)*... Aguarde, Capitán... *(García Moreno*

toma, en su mesa de despacho, el pliego que había preparado y lo entrega al Capitán)... Tan luego como Su Ilustrísima haya entrado, lleve usted al señor Comandante General esta orden de pasar por las armas inmediatamente al convicto conspirador Viola.

(Martínez, manifestando honda emoción, recibe el papel, se inclina y sale. Vuelve en seguida, deja pasar al Obispo y se retira. El Padre Miguel se ha apartado a la esquina de la sala, lado derecho. El Obispo entra, dándole la espalda. García Moreno se adelanta, dobla ligeramente la rodilla y besa el anillo pastoral. El Obispo pasea la mirada por la sala; ve entonces al Padre Miguel y éste se le acerca, se arrodilla y, a su vez, besa el anillo del Prelado, volviendo después a la esquina de la sala.)

ESCENA XV

GARCÍA MORENO, EL PADRE MIGUEL
y EL OBISPO AGUIRRE.

GARCÍA MORENO, indicando el sillón cerca de la mesa de despacho.

Ilustrísimo Señor, dígnese de tomar asiento...

(El Obispo se sienta. García Moreno permanece en pie.)

EL OBISPO

Excelentísimo Señor, vengo a implorarle el perdón para Viola.

GARCÍA MORENO

Con dolor de mi alma, acabo de negárselo a mi atribulada madre.

EL OBISPO

Lo sé y también que Guayaquil entero, consternado, reprueba el terco rechazo de la súplica materna.

GARCÍA MORENO

Dios es mi único juez.

EL OBISPO

En su santo nombre digo a usted: Ya es demasiada sangre derramada. Los rebeldes han sido castigados con inaudita atrocidad. La sociedad se halla profundamente conmovida y clama por la vida de un culto y distinguido varón. Es indispensable que, en el corazón de usted, la misericordia se abra paso.

GARCÍA MORENO

No; no puedo ni debo acceder a la petición de Su Señoría. Ese hombre, que es un extranjero, indigno de la hospitalidad generosamente con-



cedida, se ha declarado, con arrogancia, culpable de complicidad en esta torpe intentona de precipitar al país en la anarquía.

EL OBISPO

Su confesión, por altiva que haya sido, debe merecerle una atenuación en el castigo.

GARCÍA MORENO

Sepa Su Señoría que el plan de los revolucionarios fué asesinarne para volver a implantar en esta católica República las prácticas de una escuela malvada. Convéznase de que esa gente trata de minar el edificio que, con la protección divina, he levantado. Piense que Viola es propagandista de infernales teorías que se fundan en la destrucción de todo principio católico para implantar el librepensamiento. Exterminaré a una secta que yergue el imperio del mal en las tinieblas.

EL OBISPO

Anhelo, no menos que vos mismo, el triunfo perenne de nuestra santa religión católica; pero el rigor excesivo de quien la predica y ampara nuncá dará benéficos resultados.

GARCÍA MORENO

El perdón del criminal, en las actuales cir-

cunstances, fuera traicionar la causa de Jesucristo. Para salvar al país de la anarquía debo castigar inexorablemente, gobernar por mi propio juicio y asumir la responsabilidad de todos mis actos.

EL OBISPO

La causa de Jesucristo es de amor y conmiseración, no de exterminio y venganza. Considere, Excelentísimo Señor, el sublime ejemplo que el Redentor nos dió, tomando sobre sus hombros a la oveja descarriada; recuerde las palabras de dulzura que brotaron de los labios del Divino Maestro, amargados por la hiel que sus enemigos le dieron a beber. Medite que sólo a Dios, fuente de la vida, corresponde el quitarla a voluntad. No llame usted sobre su cabeza la cólera celeste, disponiendo arbitrariamente de lo que no le es dado disponer y observe que son los hombres, sujetos a error, quienes hacen esas leyes, no siempre justas, con que satisfacen sus propósitos e inclinaciones, y hasta sus venganzas.

GARCÍA MORENO

Respeto profundamente al santo pastor de la grey a la que me glorío de pertenecer. Venerándole, desearía acatar siempre sus requerimientos. Gustosísimo le obedecería, inclinando mi alma a la clemencia, si el ejemplo terrorífico no fuera indispensable en la aurora de la organización política de un país. El Ecuador, amena-

zado en la integridad de su territorio por la codicia de países vecinos, debe gozar de completa paz interna para ser fuerte y así respetado. Quien la altera comete un crimen de traición a la Patria. Viola merece la muerte, como la merecieron todos los cómplices de tan odioso e insensato levantamiento. Viola morirá.

EL OBISPO, *irguiéndose.*

No; no morirá, Excelentísimo Señor, si recordáis que, en el Sagrado Libro, está escrito: «Nadie sea osado a quitar la vida a sus semejantes.»

GARCÍA MORENO

Su Señoría me abruma con su contundente argumentación. Confieso que al fin vacilo... Empiezo a creer, oyéndole, que mi conciencia sufrió una ofuscación... Mi espíritu serénase... Mi corazón se ablanda... Pero, no; dejaría de ser el justiciero que soy si perdonara... (*Yendo y viniendo, con viva agitación, alcanza a ver, en su rincón, al Padre Miguel*) ¡Ah! Había olvidado su presencia, Padre Miguel. ¿Escuchó todo lo que el señor Obispo ha dicho? ¿Qué opina de su amonestación, aconsejándome la clemencia?

EL PADRE MIGUEL, *sin alzar la mirada.*

Excelentísimo Señor... *Salus pópuli...*

(García Moreno se vuelve bruscamente hacia el Obispo que está mirando con triste asombro al Padre Miguel.)

GARCÍA MORENO

¿Le oye Su Señoría?... La salvación del pueblo exige que se cumpla la sentencia de muerte...

(Se oye vibrar, en las campanas de las iglesias, el toque de difuntos, hasta que el telón baje.)

Sólo el rayo podría paralizar mi brazo vengador.

(Suena lejana la descarga del pelotón de ejecución. El Padre Miguel une las manos, orando.)

EL OBISPO, horrorizado.

¡Jesús!

GARCÍA MORENO, impasible.

Viola fué ya fusilado... Ruegue por su alma.

EL OBISPO, muy tristemente, yendo a la puerta.

Rogaré también al Todopoderoso por que no se cumpla en vos su tremenda profecía...

GARCÍA MORENO, altivo.

Si el hierro asesino me derriba, caeré, diciendo: ¡Dios no muere!

TELON

EN FUENTE FLORIDA

Comedia, en un acto y en prosa.

A la señorita ANA J. SALAZAR D., meritísima profesora que, en el Ecuador, hizo espontáneamente estrenar mi primera pieza escénica, Madrinas de Guerra, ante un público indulgente, dedico esta comedia en testimonio de gratitud, aprecio y amistad.

EL AUTOR.

Niza, 1.º de febrero de 1927.

REPARTO

DOÑA FELICIA, bañista francesa, de Burdeos, 40 años.

DOÑA TRINIDAD, catalana, 50 años.

DOÑA AMANDA, italiana, directora del Hotel Termal, 45 años.

JULIETA, hija de doña Felicia, 18 años.

CONCHITA, hija de doña Trinidad, 20 años.

RAQUEL, sobrina del Barón de Pegas, 23 años.

UNA SIRVIENTA, joven.

DON ANTONIO, bañista catalán, 48 años.

DON GUSTAVO, bañista francés, 32 años.

DON JAIME, bañista neocaledonio, 65 años.

EL DOCTOR SEVERÍN, médico principal del balneario, 55 años.

EL DOCTOR CLEMENTE, médico adjunto, 35 años.

EL BARÓN DE PEGAS, aficionado fotógrafo, bañista francés, 60 años.

PATRICK, bañista escocés, 30 años.

RICARDO, hijo de don Antonio, 25 años.



EN FUENTE FLORIDA

Comedia, en un acto y en prosa.

ACTO UNICO

La acción se desarrolla en el balneario de Fuente Florida, al sur de Francia, de las once de la mañana a las tres de la tarde, y en la fragante terraza del Hotel Termal; época actual.

Muebles rústicos, de hierro o de mimbre, mesitas, sillas y sillones. Muchas macetas de flores adornan vistosamente la terraza. Una silla larga está colocada en sesgo, cerca del público, del lado izquierdo; sobre ella hay una manta y una almohadita bordada o con funda de encajes.

El fondo de la terraza está abierto y da a la calle; de cada lado, derecho e izquierdo, están las habitaciones de los bañistas; pero, del lado derecho, la primera puerta será la del comedor y la segunda la de la sala; más al fondo hay una parte abierta como si fuera allí la escalera para subir a las habitaciones del piso superior.

Todos los varones usan fraje corriente, de diario; las damas igualmente llevan trajes sencillos. Conchita se presenta con bata elegante. Doña Felicia y Julieta, cuando por primera vez se presentan, llevan sombrero y no lo tendrán al volver a presentarse.

Durante toda la pieza el buen humor y la alegría reinan, exceptuando las escenas XI, XII, XIII y XVII, en las cuales el tono sentimental domina.

ESCENA PRIMERA

DON ANTONIO y DON GUSTAVO.

(En la florida terraza del hotel Termal, están sentados cada uno a su mesita y leen periódicos diferentes.)

DON ANTONIO, *repentinamente*.

¡Inaudito! Inaudito!

DON GUSTAVO

¿Qué le pasa, don Antonio? ¿Ocurre algo estupendo en el mundo? Mi periódico no lo trae.

DON ANTONIO

Lo que me saca de mis casillas, don Gustavo, es el desenlace imprevisto en el folletín de este diario, *La Vanguardia del Sur de Francia*.

DON GUSTAVO

¡Bah! ¿Los folletines literarios le interesan? Nunca pierdo el tiempo, leyéndolos. ¿Cómo concluye aquel que tan inverosímil le parece?

DON ANTONIO

Figúrese que la protagonista, Irene, ama a Roberto, que no se ocupa de ella porque requie-

bra a Juanita. Irene, que suspiraba ojerosa, melancólica, neurasténica, al enterarse de que el adorado Roberto ha declarado su amor a Juanita, se echa bruscamente en los brazos de don Felipe, cuyo cariño rechazaba, y se casa con él. *Tableau*, como los franceses decís.

DON GUSTAVO, riéndose.

El autor de esa novela no estuvo, a mi juicio, tan desacertado en el desenlace. Ha estudiado un caso curioso del corazón femenino, poco frecuente, sin duda, pero, imposible, no.

DON ANTONIO

Esa Irene excepcional resulta una veleta. Juega con su corazón como si fuera una pelota de *tennis*. Allá va, vuelve acá, se lo mando a ese, recíbalo esotro... (*Don Gustavo sigue riéndose.*) O no quería de veras al primero, a Roberto, o, queriéndolo, ¿cómo se casa con don Felipe, a quien no puede querer? Esa Irene tiene, como se dice en Francia, un corazón de alcachofa, y una cabeza de chorlito, como se dice en todas partes.

DON GUSTAVO

Usted sabe cuán cerca andan el amor y el odio. Mujeres hay que, impulsadas por el despecho, salvan bruscamente la distancia de un

sentimiento al otro. Odian súbitamente al que adoraban y quieren al que les era indiferente o antipático. En su tierra catalana, no faltará alguna que, en un caso análogo, se vengue de un amor con otro amor.

DON ANTONIO

En mi tierra, más verídico fuera un desenlace en que la mujer apasionada y desengañada matara o muriera.

DON GUSTAVO, *riéndose.*

Prefiero a una Irene que se casa. Con su inconsecuencia, revela más juicio que las mujeres trágicas.

DON ANTONIO

No será dichosa, ni hará feliz a su esposo.

DON GUSTAVO

Error grande. Matrimonios como ese son con frecuencia más durables que aquellos que una recíproca pasión violenta ha formado. Y, además, como un poeta lo dijo: «El corazón tiene razones que la razón no conoce.»

(Doña Felicia, que ha entrado por el foro, se ha ido acercando.)

ESCENA II

LOS MISMOS y DOÑA FELICIA

DOÑA FELICIA

Señores, ¿no interrumpo alguna discusión grave?

(*Se han erguido y saludan, inclinando la cabeza.*)

DON GUSTAVO

De ningún modo, doña Felicia. Me alegro de verla.

DON ANTONIO, *galante.*

Siempre es usted muy deseada.

DOÑA FELICIA, *sonriéndose*

Sois muy finos... (*Los tres se sientan*)... Acabo de beber mi vaso de agua en la Fuente Florida, que ha dado su nombre a este balneario. ¡Qué asco de agua!

DON GUSTAVO

¡No tanto! Pero, ¿de veras necesita beberla? Está vendiendo salud.

DOÑA FELICIA

¿Se imagina que, si mi médico en Burdeos no

hubiera insistido en que viniera a tomar aguas para disminuir mi tensión arterial, estaría yo en este hotel Termal, pudriéndome la sangre, ahora que el casino cerró ya sus puertas y que no tengo aquí otra distracción que la de pasear en mi automóvil.

DON ANTONIO

Olvida el cinematógrafo. Bien que le gusta.

DOÑA FELICIA

Lo hay sólo jueves y domingos. Poca cosa. Convenga en que este pueblo de Fuente Florida está muy fastidioso; y, en nuestro hotel, quedan cuatro gatos.

DON GUSTAVO, *riéndose.*

Nosotros entre ellos.

(Los tres se ríen.)

DOÑA FELICIA, *amablemente.*

Dispensen. Siempre se mejora lo presente y ustedes me ayudan a pasar el tiempo menos aburrida.

DON ANTONIO, *de guasa.*

¿Tan divertidos somos?

DOÑA FELICIA

Muy simpáticos y muy amables.

DON GUSTAVO

Mil gracias.

DON ANTONIO, *galante*.

Sabe que la simpatía es contagiosa.

DOÑA FELICIA

Esa enfermedad no debe curarse. Volviendo a lo que decía, ¿no les parece que, con mi genio alegre, más grato me fuera verme en Biarritz? La reina de las playas francesas, en este mes de octubre, está aún muy concurrida, muy elegante. Hay muchas reuniones deliciosas al final de la temporada.

DON GUSTAVO

Quéjese de Fuente Florida, donde ahora la popular fiesta anual le da ferias. Anoche, usted fué la triunfadora en la lotería del Café del Progreso.

DON ANTONIO

La verdad. ¡Qué suerte tiene!

DOÑA FELICIA, a Gustavo.

¡Oigale! ¿Y él? Si yo me gané dos pavos y dos gansos, don Antonio se sacó dos gallinas.

DON ANTONIO, riéndose.

No logramos mayor número de aves porque los concurrentes refunfuñaban.

DOÑA FELICIA

Y el dueño del café nos aconsejó que tomáramos las de Villadiego.

DON ANTONIO

A los que nada ganaban podía ocurrírseles, en su despecho, que ganábamos tanto porque había gato encerrado.

DON GUSTAVO

¿Entre las aves? Si hubieran sido liebres... (Se ríen)... ¿Qué hicieron con los trofeos?

DOÑA FELICIA

Las gallinas fueron enviadas hoy a las Hermanitas de los Pobres para los bañistas asistidos en el hospital. Regalé un ganso a mi bañera. El otro voy a obsequiárselo al doctor Severín, mi

médico. Los huéspedes del hotel nos comeremos los pavos ahora, en el almuerzo.

(Doña Amanda pasa por el fondo, saludando amablemente con la cabeza.)

ESCENA III

LOS MISMOS y DOÑA AMANDA.

DOÑA FELICIA, *a doña Amanda.*

Doña Amanda, amabilísima directora que os gloriáis de ser una compatriota de Mussolini, si no vais de prisa a sumar las crecidas notas de los huéspedes, deteneos un instante. Sírvase acercarse.

DOÑA AMANDA, *risueña.*

¡Qué *donna* Felicia! *Sempre* bromista. Non hay hotel *má* barato que *il nostro*.

DOÑA FELICIA

Ni más alegre. Deseamos que nos dé noticias de nuestros encomendados.

DOÑA AMANDA, *sorprendida.*

¿*Vostros* encomendados?... *(Riéndose)* *Va bene, capizco...* Están dorándose a *fuoco lento*.

DON ANTONIO

¿Resultaron gordos los pavos?

DOÑA AMANDA

Bellisimi. Sarán un boccato di cardinale.

DOÑA FELICIA

No economice las castañas con que va a servirlos. ¿Le gustan las castañas, don Gustavo?

DON GUSTAVO

Mucho,... cuando no hay trufas.

(Se ríen.)

DON ANTONIO

Las castañas en los pavos son las trufas de la gente pobre.

DOÑA AMANDA

Si quiere, lasciaremos uno per la sera. Uno basta per il almuerzo.

DOÑA FELICIA

No, señora. Sírvalos ambos ahora. Queremos que coma pavo hasta la servidumbre, agradeciéndolo al Café del Progreso.

DOÑA AMANDA

A vostra buona sorte e molta bondade.

DOÑA FELICIA

No se olvide de poner en hielo una botella de champaña. A mi hija Julieta, le encanta el champaña. Hay que honrar a los pavos.

DOÑA AMANDA

Voy, presto.

(Al retirarse por la derecha, se cruza con el doctor Severín que, llegando por el foro, oyó las recomendaciones de doña Felicia.)

ESCENA IV

DON ANTONIO, DON GUSTAVO,
DOÑA FELICIA y EL DOCTOR SEVERÍN.

EL DOCTOR SEVERÍN, *con tono grave.*

¡Conque pavos y champaña, muy señora mía!... Divinamente... ¿Qué hace del régimen estrictamente vegetariano y seco que le he recetado, como a todos mis enfermos?

DOÑA FELICIA, *maliciosamente.*

Usted me prohibió la carne, querido doctor, y el pavo no es carne...

EL DOCTOR SEVERÍN

¡Qué ha de ser! ¡Claro! Es legumbre... (Se ríen.) ¿Cómo sigue, don Antonio?

DON ANTONIO

Ayunando, como usted me lo ordena.

DOÑA FELICIA

El doctor Severín justifica su nombre.

EL DOCTOR SEVERÍN, *sentándose.*

A los enfermos hay que obligarles a cuidarse. Cuando no están postrados, no ven la gravedad de sus males y cometen desarreglos, por lo cual no logran curarse y culpan de ignorancia al médico.

DOÑA FELICIA

Que los médicos nos receten cosas agradables. En eso aciertan los homeópatas con sus agüitas insípidas.

DON ANTONIO

E inofensivas, lo que también tiene su mérito.

(Se ríen.)

EL DOCTOR SEVERÍN

Los enfermos, sobre ser indóciles, sois mal agradecidos.

(*Se ríen.*)

¿Se marcha siempre hoy, don Antonio?

DON ANTONIO

Sí, a las cuatro.

DOÑA FELICIA

Sentimos que se vaya tan agradable compañero, llevándose a su hijo, que hacía bailar a Julieta.

DON ANTONIO

También lo sentimos Ricardo y yo. Asuntos urgentes reclaman mi presencia en Barcelona y ya concluí mis veintiún días de tratamiento.

(*El doctor Severín saca del bolsillo un frasco pequeño con sal blanca.*)

EL DOCTOR SEVERÍN

Llévese este frasco de biosal, don Antonio, para que sale los alimentos y no siga, con la sal ordinaria, aumentando el cloruro de sodio en su sangre, lo que acabaría por serle nocivo.

DON ANTONIO

Mil gracias. También me llevo los laxantes «polvos regios» que hace fabricar aquí.

DOÑA FELICIA

¡Qué malos son!

DON ANTONIO

Sea justa, dan muy buen resultado... (*Se ríen.*)
Permítame, doctor, que le presente a un compañero, don Gustavo. (*Este y el doctor se irguen, se estrechan las manos y vuelven a sentarse.*)

DON GUSTAVO, *sonriente.*

Me entero de que usted es más rígido respecto al régimen que mi médico, el doctor Clemente. El me prohíbe también la carne, pero únicamente por la tarde.

EL DOCTOR SEVERÍN, *sonriéndose.*

Cada médico tiene su sistema.

DON ANTONIO, *bromeando.*

Lo que prueba que ninguno sabe cuál es el menos malo. (*Se ríen.*)

DOÑA FELICIA

Usted nos prohíbe todo lo que nos gusta.

DON ANTONIO, *que ha encendido un cigarrillo.*

A mí me ha prohibido el tabaco, además del vino y de la carne.

EL DOCTOR SEVERÍN

Y ¡qué bien obedece!... (*Se ríen*) El tabaco es un veneno.

DON GUSTAVO, *sonriéndose.*

Veneno lento. Hay personas viejísimas que nunca dejaron de fumar.

DOÑA FELICIA

El vino es un tónico, mi querido doctor.

EL DOCTOR SEVERÍN

Intoxica a los artríticos, especialmente el champaña.

DON ANTONIO

Siempre fueron tres los enemigos del alma y, para usted, doctor, son también tres los del cuerpo: carne, vino y tabaco, resultando la carne como más endemoniada, porque es la enemiga, a la vez, del alma y del cuerpo.

EL DOCTOR SEVERÍN

Por eso mismo, prohíbo la carne terminantemente.

DON GUSTAVO

¿En toda forma?

EL DOCTOR SEVERÍN

Sin excepción, Cualquier alimento de origen animal aumenta la urea en la sangre y la inficiona.

DOÑA FELICIA

Hemos de ser herbívoros, como los carneros.

EL DOCTOR SEVERÍN

Vegetarianos, señora, vegetarianos. Ese es el gran secreto para vivir sanos y llegar a muy viejos.

DOÑA FELICIA

¡Ay! doctor, por librarnos de morir pronto, nos impide que vivamos a gusto. Soy de las que prefieren la vida corta y alegre a la muy larga y aburrida.

EL DOCTOR SEVERÍN

Entonces, no pida milagros a las aguas minerales ni a los médicos.

DON GUSTAVO

¿Y usted observa personalmente el régimen vegetariano que prescribe a sus enfermos?

EL DOCTOR SEVERÍN, *irguiéndose.*

No le quepa la menor duda.

DOÑA FELICIA, *fingiendo ingenuidad.*

¡Qué lástima! Me proponía obsequiarle un ganso que gané anoche en la lotería.

EL DOCTOR SEVERÍN

Nunca desairo a una dama... (*Sonriendo.*)
Mándemelo.

DOÑA FELICIA

¡Si no ha de comerlo!

EL DOCTOR SEVERÍN

Una ligera infracción al régimen, no importa, con tal de eliminar las toxinas al día siguiente.

DON ANTONIO, *riéndose.*

Con cuarenta gramos de sulfato de sodio. Conocemos su método.

EL DOCTOR SEVERÍN

Pues, practicarlo. Os sentará bien. Hasta luego.

(Sale por el foro.)

ESCENA V

LOS MISMOS, menos EL DOCTOR SEVERÍN

DOÑA FELICIA

Buen médico es, aunque exagerado en su vegetarianismo.

DON ANTONIO

Igual que en sus honorarios.

DON GUSTAVO

Nunca es caro el médico que acierta a aliviarnos de nuestros achaques.

DOÑA FELICIA

Ciertamente, porque hay tantos charlatanes que desuellan vivo a uno y que más pronto lo despachan al otro barrio.

DON GUSTAVO

En todo hay que tener suerte, como en la lotería.

(Se ríen. Por la derecha aparece doña Trinidad.)

DON ANTONIO

Allí viene mi compatriota y amiga, doña Trinidad. ¡Pobre madre! ¡Cuánto sufre, viendo sufrir a su hija Conchita, y sin poder aliviarla!

DON GUSTAVO

¿Qué tiene esa señorita?

DOÑA FELICIA

Es neurasténica. Padece vértigos, insomnios, crisis de llanto. No quiere comer.

DON ANTONIO

Se me antoja que su lastimoso estado proviene de un amor secreto.

ESCENA VI

LOS MISMOS y DOÑA TRINIDAD.

(Don Antonio y don Gustavo, irguiéndose, saludan con la cabeza. Doña Felicia y doña Trinidad se dan una palmada en la espalda.)

DOÑA TRINIDAD

Muy buenos días.

DOÑA FELICIA

¿Cómo está hoy Conchita ?

(*Se sienta.*)

DOÑA TRINIDAD

Muy nerviosa. No me dejó dormir toda la noche.

(*Se sienta.*)

DON ANTONIO

¿Qué dice su médico ?

DOÑA TRINIDAD

El doctor Clemente le ha suprimido las duchas, las inyecciones, las pociones calmantes.

DON GUSTAVO

Si le suprime todo, ¿ cómo pretende mejorarla ?

DOÑA TRINIDAD

Me dice que no me inquiete y promete curarla. Le receta café puro.

DOÑA FELICIA

¡Café puro a una nerviosa! Es excitarla aún más.

DOÑA TRINIDAD

También ordena que tome baños de sol, acostada en la silla larga.

DON ANTONIO

Tráigala a esta terraza. La temperatura está tibia, deliciosa.

DOÑA TRINIDAD, *irguiéndose.*

Sí; voy por ella. Con el permiso de ustedes.

(Sale por la derecha. Los señores se sientan.)

ESCENA VII

LOS MISMOS, menos DOÑA TRINIDAD.

DOÑA FELICIA

¡Qué rarezas tienen algunos médicos! Café puro a esa niña! No lo entiendo.

DON GUSTAVO, *con ironía.*

Ni pretenda entenderlo. Hay que tener fe. En religión, quien discute un misterio no es un buen católico y el enfermo que no obedece ciegamente a su médico tampoco se salva... El doctor Clemente me parece inteligente.

DON ANTONIO

Aun es joven para tener gran experiencia.

DOÑA FELICIA

Es soltero y sabe que es guapo. Que diagnostique o recete, siempre que puede se mira al espejo... Cuando se habla del rey de Roma...

(El doctor Clemente entra por el foro y, sin mirarlos, sale por la derecha.)

¿A dónde va tan apresurado ?

DON ANTONIO

Sube al cuarto de doña Trinidad. Mucho visita a Conchita.

DOÑA FELICIA

Para el alivio que le procura...

ESCENA VIII

LOS MISMOS y PATRICK

(Patrick entra por la izquierda con semblante risueño y bonachón, apoyado en un bastón; anda con dificultad y habla lentamente con acento gutural, recalcando el vocablo pero cada vez que lo pronuncia.)

DON GUSTAVO, festivamente.

Insigne gringo, por fin se deja ver. ¿No amanejó peor, Patrick?

PATRICK sentándose.

No, pero estuve escribiendo.

DON ANTONIO

¿Fué a la piscina esta mañana? No le vi.

PATRICK

Sí, pero salí pronto del agua.

DOÑA FELICIA

¿No le sienta el baño?

DOÑA FELICIA

Sí, pero no lo creo indispensable para mi caso.

DOÑA FELICIA

Entonces, no sigue las indicaciones del médico. Usted mismo se receta.

PATRICK

No, pero prefiero la ducha y el masaje.

DON GUSTAVO

Y, ¿cómo andamos de régimen? En eso siquiera obedece al doctor Severín.

PATRICK

Sí, pero no siempre.

(Todos se ríen y él también.)

DOÑA FELICIA, a don Antonio, en voz baja.

Este escocés no es un hombre, es un peral. ¿Ha reparado como echa peros?

DON ANTONIO, riéndose.

Y ¡qué cachaza tiene! Es imperturbable.

DON GUSTAVO, golpeando la rodilla a Patrick.

¡No he visto un gringo más original!

(*Patrick se ríe. Por el foro entran Julieta y Ricardo.*)

ESCENA IX

LOS MISMOS, JULIETA y RICARDO

DOÑA FELICIA

¿Os habéis paseado juntos? ¿Adónde fuisteis?

JULIETA

A ninguna parte. Hallé casualmente a don Ricardo que pasaba frente a la iglesia cuando yo salía de ella y vinimos conversando por el parque de la Fuente, que está siempre muy pintoresca, rodeada de tantas flores.

RICARDO

Manifestaba a la señorita Julieta mi sentimiento de marcharme esta tarde y de verme privado del placer de seguir bailando con ella mientras dura la feria.

DON GUSTAVO

Entré un rato, anoche, en la sala del cine y os vi bailar un charleston y un tango. Lucida pareja hacíais.

JULIETA, sencillamente.

Don Ricardo baila muy bien.

RICARDO

¿Quién no baila bien cuando la compañera es exquisita?

(Julieta se sonríe.)

DOÑA FELICIA, a don Antonio.

Es digno hijo de usted.

(Don Antonio se ríe)

PATRICK

Sí, pero hay que tener buen oído para bailar bien.

DON GUSTAVO

Precisa tener agilidad y resistencia para las danzas que están hoy de moda. ¡Qué gimnasia!

DON ANTONIO

Y, ¿qué me dice de esa música asordante de los *jazz bands*? ¡Cuán lejos estamos del elegante rigodón de mi juventud!

RICARDO, risueño.

Aun más lejos están, papá, los minués y las

pavanas. Cada época trae sus bailes para cada nueva juventud.

DOÑA FELICIA

Nada habrá superior al vals.

PATRICK

Sí, pero...

DOÑA FELICIA, *interrumpiéndole, erguida.*

Pero hay que alistarse para el almuerzo que no tardará. Ven, Julieta.

(Doña Felicia sale por la izquierda. Julieta permanece, conversando con Ricardo en voz baja.)

DON ANTONIO

Voy a lavarme las manos.

(Se aleja por la derecha.)

DON GUSTAVO

Yo también voy a lavármelas. ¿Viene, Patrick?.. *(Le guiña el ojo para que deje solos a Julieta y Ricardo.)*

PATRICK

Voy; pero, ya me las he lavado... *(Don Gus-*

tavo se ríe, golpeándole la espalda. Salen por la izquierda.)

ESCENA X

JULIETA y RICARDO.

RICARDO

Como le venía diciendo, Julieta, jamás la olvidaré, ¿Me permite que acaricie la esperanza de que se acordará, de vez en cuando, de su amigo Ricardo.

JULIETA

No podré olvidar que sus atenciones me hicieron pasar una grata temporada en Fuente Florida.

RICARDO

¿Volverá usted a este balneario en la próxima primavera?

JULIETA

Lo deseo. No sé si volveremos. Mi madre se fastidia aquí.

RICARDO

¿Cómo lograría saber si viene para procurar que mi padre venga conmigo al mismo tiempo que ustedes?

JULIETA

Ingiénese en hallar la manera.

RICARDO

¿Si me atreviera a escribirle ?

JULIETA, *severamente.*

¡Fuera un atrevimiento, sin duda!... (*sonriéndose*) No me enojaría.

RICARDO

¡Qué alegría! ¿Me contestará ?

JULIETA, *con monería,*

Lo sabrá después de la primera carta, si tiene paciencia.

RICARDO

Si no me contestara, me afligiría mucho.

JULIETA, *risueña.*

Tengo buen corazón. Nunca hago sufrir a nadie.

RICARDO

Es usted encantadora... Al saber que no había de volver a verla pronto, no sé qué haría.

JULIETA, *burlona*.

Si no lo sabe, menos yo.

RICARDO

Muy bien. lo sé... (*Tiernamente*.) Iría allí donde pudiera hallarla y verla.

JULIETA, *maliciosamente*.

Eso es, y volveríamos a bailar juntos, porque no falta una sala de baile en ninguna parte.

RICARDO

No sea mala. Sabe que volvería yo a ver el cielo abrirse y en él a un ángel.

JULIETA, *riéndose*.

Sin alas.

RICARDO, *apasionadamente*.

Con mucha alma y mucho corazón.

DOÑA FELICIA, *entre bastidores*.

¡Julieta!

(*Julieta y Ricardo se irguen.*)

RICARDO, *dulcemente.*

Hasta luego, Julieta.

JULIETA, *tendiéndole la mano, que Ricardo le besa.*

Hasta luego, Ricardo.

DOÑA FELICIA, *entre bastidores; más recio.*

|| Julieta ||

JULIETA

Voy, mamá.

(Sale por la izquierda, sin ver a Conchita que entra por la derecha, llevada de cada brazo por doña Trinidad y el doctor Clemente hasta la silla larga que se había colocada en sesgo del lado opuesto a aquel en que Ricardo y Julieta, como los demás huéspedes, charlaban. Acuestan a Conchita; doña Trinidad la cubre con una manta y el doctor le coloca una almohadita detrás de la cabeza; manta y almohadita estaban ya sobre la silla larga.)

ESCENA XI

RICARDO, DOÑA TRINIDAD,
CONCHITA y EL DOCTOR CLEMENTE.

EL DOCTOR CLEMENTE

Así estará muy bien.

DOÑA TRINIDAD, *viendo que Conchita alza la frente para mirar a Ricardo.*

Recuéstate.

RICARDO, *acercándose.*

Celebro, Conchita, que haya bajado a tomar el sol en esta fragante terraza. ¿Cómo se siente?

CONCHITA, *lánguidamente.*

Sufro mucho.

EL DOCTOR CLEMENTE

No tiene enfermedad seria. Ningún órgano está afectado. Son los nervios.

DOÑA TRINIDAD

Hijita, ¿almorzarás en el comedor?

RICARDO, *sonriéndose.*

Sabe que hay pavo.

CONCHITA

No tengo hambre.

DOÑA TRINIDAD

Tomarás siquiera un caldito. Voy a traértelo.
(Sale por la derecha.)

EL DOCTOR CLEMENTE

Descanse tranquilamente. Respire bien; dilate los pulmones. Alégrese, bañada en sol. Es usted joven y bonita. La vida le promete mil sonrisas. Voy a almorzar rápidamente. Volveré, en seguida.

(Saluda con la cabeza a Ricardo y sale por el foro.)

ESCENA XII

RICARDO y CONCHITA.

RICARDO, *después de sentarse.*

El doctor Clemente se interesa mucho por la salud de usted.

CONCHITA

Demasiado.

RICARDO

No diga eso. Nunca es demasiado el interés de un médico por un enfermo.

CONCHITA

Por una enferma, en mi caso.

RICARDO

Es una prueba evidente de que usted le inspira muy viva simpatía, y es cosa natural.

CONCHITA, *irónica*.

¿Le parece así?

RICARDO

Ciertamente. Yo que, en Barcelona, soy, desde hace muchos años, un buen amigo de usted, sé lo que vale y la dicha merecida que logrará cuando domine sus nervios y aleje tristes pensamientos.

CONCHITA, *tristemente*.

Pretende conocerme, saber lo que valgo y se engaña, prometiéndome que seré dichosa. Jamás podré serlo.

RICARDO, *sonriéndose*.

Se me antoja que el doctor Clemente la convencerá de lo contrario..., curándola.

CONCHITA, *airada*.

¿Y, si no quiero que me curen ?

RICARDO

¡Qué ocurrencia ! ¿Por qué no ha de querer ?

CONCHITA, *creciendo su exaltación*.

¡Querer ! ¡Querer ! ¡Vida cruel ! Sufrir, por estar queriendo a quien no quiere' querer...
(Ricardo, indiferente, mira al suelo.) A través de los vidrios de mi ventana le vi, conversando con Julieta. ¡Qué risueños parecíais ambos !

RICARDO

La señorita Julieta tiene un genio alegre.

CONCHITA, *picada*.

Y usted un corazón expansivo.

RICARDO

Hablábamos de...

CONCHITA

No creeré lo que me diga.

RICARDO, *riéndose*.

¿Por qué no ? Me despedía de ella.

CONCHITA, *burlona*.

Besándole la mano.

RICARDO

Galantería corriente, sin importancia.

CONCHITA, *nerviosa*.

Cuando no la acompaña una mirada ardiente. Julieta es adorable... ¿No le parece?

RICARDO

Negar lo, sería ofenderla. Los ojos no pueden negar la luz del día.

CONCHITA, *a sí misma, dolorosamente*.

¡La luz del día!

(*Se oye el primer toque de campana, anunciando el almuerzo. Doña Trinidad vuelve por la derecha con una taza de caldo.*)

ESCENA XIII

LOS MISMOS y DOÑA TRINIDAD.

DOÑA TRINIDAD

Aquí tienes el caldito. Vas a darme el gusto de tomarlo.

CONCHITA

Me repugna.

DOÑA TRINIDAD

Está muy sabroso. Pruébalo.

CONCHITA

Me hará más daño que provecho.

DOÑA TRINIDAD, *a Ricardo.*

Ricardo, ayúdeme a convencerla.

RICARDO

Sí, Conchita, debe tomarlo. Se lo suplico. No me desaire.

CONCHITA, *soltando el llanto.*

Todos me hacéis sufrir.

DOÑA TRINIDAD, *llorosa.*

¡Qué injusta eres!

RICARDO, *a doña Trinidad.*

Aguardemos que el acceso pase.

CONCHITA, *irritada, incorporándose.*

¡El acceso! de locura, ¿verdad?... Sí, estaba

loca... Reacciono.... Alégrense, terminó el acceso... Dame el caldo. (*Atónitos la oyen y miran Ricardo y doña Trinidad que le acerca la taza. Conchita bebe el caldo rápidamente. Devolviendo la taza.*) Ahora, déjenme sola, para que duerma mi corazón que era el loco. (*Cierra los ojos.*)

DOÑA TRINIDAD, *a Ricardo, en voz baja.*

Me asusta. No la comprendo.

RICARDO, *conmovido.*

Alejémonos hasta que su alma se apacigüe.

(*Se alejan hacia la parte opuesta de la terraza adonde llegan doña Felicia y Julieta por la izquierda, don Antonio, Gustavo y Patrick por el foro, don Jaime por la derecha.*)

ESCENA XIV

RICARDO, DOÑA TRINIDAD, CONCHITA, FELICIA,
JULIETA, DON ANTONIO, DON GUSTAVO,
PATRICK y DON JAIME.

GUSTAVO, *a Don Jaime*

¡Hola! don Jaime, dichosos los ojos que ven a usted ¿Qué se ha hecho?

DON JAIME

Mi terrible gastralgia no me ha dado sosiego toda la mañana.

DON ANTONIO

¿Se alivió ya?

DON JAIME

Al fin. Será por pocos instantes.

PATRICK

Sí, pero no habrá resistido a la obsesión de la jeringuilla.

DOÑA FELICIA

¿Sigue, inyectándose morfina?

DON JAIME, *melancólicamente.*

¿Y qué remedio, cuando se sufre lo indecible? Voy disminuyendo las cantidades.

DOÑA TRINIDAD

Le compadezco. Somos dignos de lástima. Usted padece una cruel dolencia física y yo una atroz tortura moral.

DOÑA FELICIA

Conchita reposa tranquilamente. Parece mejorada.

DOÑA TRINIDAD

¡Dios lo quiera!

(Una sirvienta hace vibrar el segundo y último toque de campana, llamando al almuerzo. Por el foro, el Barón de Pegas se presenta, acompañado de Raquel, su sobrina. El Barón carga un aparato de fotografía, con trípode, que dejará, con su sombrero, sobre una silla. Ricardo y Julieta están conversando en voz baja.)

ESCENA XV

LOS MISMOS, EL BARÓN y RAQUEL.

EL BARÓN, riéndose.

Temí que llegáramos retrasados para comer pavo.

DOÑA FELICIA, amablemente.

Querido Barón, os hubiéramos guardado una pechuga.

EL BARÓN, festivamente

Muy bien, doña Felicia.

DON GUSTAVO

¿Habéis sacado muchas vistas? La señorita Raquel habrá sido una vez más vuestro encantador modelo.

DON ANTONIO, a Raquel

Tiene usted el don de saberse colocar ante el lente para que su tío haga una preciosa fotografía artística.

DON JAIME

Aquella que figuró en la última exposición de arte en París, y donde usted está acariciada por el viento sobre una colina, es una maravilla.

RAQUEL, risueña.

Todo el mérito es de mi tío.

PATRICK

Sí, pero usted también es una artista.

RAQUEL, riéndose amablemente.

Very obliged, mister Patrick.

(Todos se ríen. Doña Amanda se presenta por la derecha y golpea en las manos.)

ESCENA XVI

LOS MISMOS y DOÑA AMANDA.

DOÑA AMANDA

A la mesa, a la mesa.

DOÑA FELICIA, *risueña*.

Ya vamos. Los pavos no volarán porque nos retrasemos un poco, charlando.

(Se ríen.)

EL BARÓN

Después del almuerzo, si me lo permiten, sacaré un grupo de tan distinguidos compañeros bañistas para que cada uno tenga un recuerdo del hotel Termal.

DON GUSTAVO

Muy amable pensamiento.

DON JAIME

Con muchísimo placer.

DON ANTONIO

Será un gratísimo recuerdo.

PATRICK

Sí, pero yo nunca salgo bien.

RAQUEL

¿Será usted presumido como el doctor Severín que, en la fotografía que mi tío le sacó, ve demasiado acentuadas sus patas de gallo?

(Se ríen.)

DOÑA FELICIA

Conchita debe formar parte del grupo.

DOÑA TRINIDAD

¡Con tal que consienta!

RICARDO, a Julieta, en voz baja.

Me colocaré a su lado.

JULIETA, con monería.

Se pondrá donde el Barón de Pegas lo disponga.

DOÑA FELICIA

Pido que, después del almuerzo y antes de ser fotografiados, don Jaime nos diga uno de sus divertidos recuerdos de viaje.

TODOS

Eso es... Muy bien...

DON JAIME

Os complaceré, gustoso, con la relación del Papa y el canaca.

TODOS, *riéndose, con alboroto.*

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

DON GUSTAVO

Vamos a pasar un buen rato.

DOÑA AMANDA, *volviendo a golpear en las manos.*

¿Non tenen hambre? A la mesa. A la mesa.

(*Todos, riéndose y charlando bulliciosamente, se dirigen al comedor. Doña Trinidad se acerca a su hija, ve que duerme y sale con los demás por la derecha.*)

ESCENA XVII

CONCHITA y, luego, EL DOCTOR CLEMENTE

CONCHITA, *abriendo los ojos.*

¡Al fin se fueron! ¡Cómo daban la lata! ¡Qué pesados estaban!

(*Vuelve a fingir que duerme, viendo llegar por el foro al doctor Clemente que se le acerca con un manojo de flores y las esparce sobre la manta que la cubre.*)

EL DOCTOR CLEMENTE, *contemplándola.*

¡Qué linda es!... ¡Cómo lograr su cariño!

CONCHITA, *abriendo los ojos, risueña.*

¿Usted, doctor? Volvió pronto. ¡Cuánto le agradezco su interés!

EL DOCTOR CLEMENTE, *sonriéndole.*

Es egoísmo. Me he propuesto devolverle la salud y la alegría.

CONCHITA, *amablemente.*

Uno de vuestros proverbios franceses asevera que «*vouloir c'est pouvoir*», o sea que siempre se logra aquello que con gran tesón se pretende.



EL DOCTOR CLEMENTE

Si ese adagio no miente, ahora mismo lograría lo que ardientemente anhelo.

CONCHITA, *disimulando, mira las flores, las recoge y, oliéndolas como si las besara.*

¡Qué preciosas flores! ¿Usted me las trajo?

EL DOCTOR CLEMENTE

Para que esas hermanas tuyas inferiores mueran a sus pies, envidiándole la fragancia de sus abriles.

CONCHITA

Tengo un médico tan galante como bondadoso.

EL DOCTOR CLEMENTE

No sé como expresarle mi júbilo, Conchita, de verla alentada. ¿Se siente de veras mejor?... (*Conchita derrama lágrimas.*) ¿Por qué esas lágrimas?

CONCHITA.

No haga caso... En la primavera de la vida, como en la de la naturaleza, hay horas cargadas de electricidad que se disuelve en una lluvia benéfica para que el día resplandezca más hermoso.

EL DOCTOR CLEMENTE, *animándose*.

¿Quiere decir que las mariposas negras se alejan para no volver? Sus palabras me conmueven... Si consintiera en oír hablar mi corazón muy tiernamente...

CONCHITA, *tristemente*.

No antes que yo misma le explique el motivo de mi dolencia nerviosa. Después de conocerlo, tal vez guardará su secreto.

EL DOCTOR CLEMENTE

¿Cree usted que no lo he comprendido? Sabiéndolo, huelga que me lo diga y, si me lo dijera, imposible me fuera, aún así, callar y no decirle que la adoro. Concédame su mano, si no me halla demasiado viejo con mis treinta y cinco años.

CONCHITA.

¿Demasiado viejo, a esa edad? Pensarlo, fuera un disparate.

EL DOCTOR CLEMENTE

Hace poco, cuando subía a verla, oí decir a doña Felicia que suelo mirarme al espejo. Cierto es, pero solamente desde que usted llegó aquí. Me miro para preguntarle si las canas en mis sienes no me perjudicarán a los ojos de usted.

CONCHITA.

No le sentarán mal, ya que, en otra ocasión, la misma doña Felicia dijo de usted algo que, si se lo repitiera, le haría pensar que esa señora tiene buen gusto.

EL DOCTOR CLEMENTE

Divina Conchita. ¿Es cierto? ¿No le soy antipático?

CONCHITA.

Seré franca; ya no.

EL DOCTOR CLEMENTE

¿Puedo esperar que mi profundo cariño será correspondido?

CONCHITA.

Tan agradecida estoy a su solicitud profesional que, de la gratitud a otro sentimiento que incline mi ánimo como usted lo desea, no puede mediar mucha distancia.

EL DOCTOR CLEMENTE, *apasionado.*

A través de las pupilas sombrías de sus hermosos ojos vi traslucirse un alma buena y virtuosa. La amaré tanto que usted, completamente dueña de su corazón, querrá, por su propio albedrío, labrar mi felicidad. Conchita, au-

toríceme a pedir su mano hoy mismo a doña Trinidad.

CONCHITA, *dulcemente.*

¡Mi inmejorable doctor! atinó a curarme. Devuélvame ahora la alegría, lo más pronto posible.

EL DOCTOR CLEMENTE, *con emoción, estrechándole las manos.*

Adorada Conchita, haré que no se arrepienta de haberme entregado su corazón.

(Doña Trinidad llega por la derecha.)

ESCENA XVIII

LOS MISMOS y DOÑA TRINIDAD.

Almorcé de prisa y venía a saber cómo sigues, ignorando que estuvieras en tan buena compañía. ¿La encuentra mejor, querido doctor?

CONCHITA.

Mamita, perdóname que te haya atormentado tanto.

DOÑA TRINIDAD

No seas tonta... Estabas enferma.

EL DOCTOR CLEMENTE, *sonriéndose.*

No tardará en restablecerse completamente.

DOÑA TRINIDAD

¡Bendito sea Dios!

CONCHITA.

El doctor Clemente hizo el milagro.

DOÑA TRINIDAD, *al doctor.*

¿Cómo podría pagárselo?

EL DOCTOR CLEMENTE, *riéndose.*

Dicen que mi colega, el doctor Severín, cobra fuertes honorarios. Más exigente soy yo. Le pido la felicidad de mi vida, Conchita, que accede a ser mi dulce compañera.

DOÑA TRINIDAD

¡María Santísima! Me cogéis de sorpresa. Es más que una curación de esta muchacha...

CONCHITA.

Un milagro, ya lo dije. Una resurrección. Consiente, a tu vez, mamita, y dame un beso.

(Doña Trinidad y Conchita se besan. Doña Trinidad, enjugándose los ojos, tiende la mano al médico.)

DOÑA TRINIDAD

Con orgullo y alegría llamaré a usted mi hijo.

EL DOCTOR CLEMENTE, *besándole la mano.*

No lo tendrá más afectuoso ni más obediente.

(Del comedor, por la derecha, salen todos, charlando y riendo, muy animados. Doña Felicia, Julieta y Ricardo, Raquel y don Antonio se acercan a Conchita. Los demás forman un grupo al lado opuesto. Doña Felicia, que vió al doctor Clemente besar la mano de doña Trinidad, se dirige a él.)

ESCENA XIX

TODOS, menos EL DOCTOR SEVERÍN y DOÑA AMANDA

DOÑA FELICIA

No se vaya, doctor. Tiene que formar parte del grupo fotográfico que el Barón de Pegas va a sacar.

EL DOCTOR CLEMENTE

Con el mayor placer.

JULIETA

Conchita, ¿te dejarás también fotografiar?

CONCHITA, riéndose.

¿Por qué no?

JULIETA

¡Qué lindas flores! ¿Quién te las trajo?

CONCHITA, risueña.

Oye, Julieta. Perdonen todos. Es un gran secreto. *(Julieta se agacha para que Conchita le hable al oído. Doña Felicia, Raquel, don Antonio y Ricardo se alejan, uniéndose al grupo que charla al lado opuesto. El doctor Clemente y doña Trinidad permanecen, conversando alegremente, cerca de Conchita. Julieta, después de oír el secreto, se irgue, muy sonrojada.)*

JULIETA

¡Cuánto me alegro! Por lo demás, veremos si eres buena profetisa.

(Durante ese diálogo, una sirvienta ha salido por la derecha, trayendo del comedor una bandeja con cuatro tazas de café, una cafetera llena de café puro y un azucarero. Después de colocarla sobre una mesita, se retira.)

RAQUEL, a los de su grupo.

¡Qué animada está Conchita!

PATRICK

Sí, pero volverá a ponerse nerviosa.

DON GUSTAVO

¿Quién se lo ha dicho, gringo? Apostaría que no.

RAQUEL

¿Cuáles son los que toman café, para servirles?

DOÑA FELICIA

Yo, aunque me lo prohíbe el doctor Severín.

DON GUSTAVO

Yo, porque el doctor Clemente sí me lo permite.

(Se ríen).

EL BARÓN

Y yo, porque a nadie consulto para beberlo.

(Vuelven a reírse. Raquel ha servido el café en las tazas y llevado a cada uno la suya.)

RAQUEL

La cuarta taza, ¿quién la pide? (*Maliciosamente.*) Será para Conchita.

CONCHITA.

Ya no quiero cosa amarga.

(*Se ríen.*)

RAQUEL, a Patrick.

Creía que usted tomaba café.

PATRICK

No, pero lo tomaré.

RAQUEL

¡Qué abnegación!

(*Vuelven todos a reírse.*)

DON ANTONIO

Ahora el cuento de don Jaime y luego la fotografía. Tenemos prisa, aunque doña Felicia con Julieta nos lleva amablemente a la frontera en su automóvil.

(*Las damas y los señores que no toman café se sientan. Don Jaime narra en pie.*)

EL BARÓN.

Abrimos los oídos.

DON JAIME

Como lo prometí, voy a referiros la entrevista del Papa León XIII con mi sirviente, un canaca indígena de Nueva Caledonia... (*Risas y movimientos de curiosidad.*) Hace veinte años, fuí a Roma con mi esposa y mi hijo, que tenía un año de nacido. Naturalmente, quisimos ver al Santo Padre y fuimos admitidos a una de sus audiencias públicas. Llevamos a nuestro fiel canaca para que cargara al niño. Los guardas nobles del Vaticano no consintieron que el humilde indígena permaneciera en la sala principal y le mandaron a la más lejana. Mi mujer tomó en sus brazos al chiquillo que, sea dicho de paso, dejó huellas húmedas en la magnífica alfombra... (*Risa general.*) El Supremo Pontífice pasó entre las filas de los asistentes arrodillados. Nos bendijo y nos dió su anillo a besar. A la salida del Vaticano hallamos a nuestro sirviente y le pregunté:—«¿Viste al Santo Padre?» «—Sí, patrón.»—«¿Qué te dijo?»—Nada. Me tendió la mano y se la estreché fuertemente.» «—¡Barbaro! Y ¿qué hizo Su Santidad?» «—Me miró fijamente; yo también a él. Se sonrió, me apretó la mano, a su vez, aún más fuerte y siguió su camino...» (*Nueva risa general.*)—Ya te puedes jactar, le dije, de haber sido tal vez el único mor-

tal, y por ańadidura canaca, que haya dado un apretón de manos al Papa.»

(Todos sueltan carcajadas y, de maneras diversas, manifiestan su satisfacci3n del hecho o, en voz baja, lo comentan.)

EL DOCTOR CLEMENTE, a don Jaime.

¿Es enteramente aut3ntica esa narraci3n?

DON JAIME

Escrupulosamente exacta.

EL DOCTOR CLEMENTE

Realmente es un hecho tan original como divertido.

DOÑA FELICIA

El Papa Le3n XIII di3, en esa ocasi3n, una evidente prueba de su sagacidad y proverbial bondad.

PATRICK

Sí, pero los Cardenales y guardas nobles, apedados a la etiqueta, ¿qu3 pensarían?

DON GUSTAVO

Supongo, Patrick, que no habrán querido ser más papistas que el Papa.

(Se ríen.)

EL BARÓN.

A colocarse para el grupo. Don Antonio se nos va.

DON ANTONIO

Díganos, Barón, cómo prefiere que nos coloquemos.

DON GUSTAVO

Que la señorita Raquel disponga el grupo con su genio artístico.

DON JAIME

Colocándose ella también.

DOÑA FELICIA

Por supuesto. Llamemos a doña Amanda para que figure igualmente.

DOÑA TRINIDAD

Muy bien pensado. Es tan buena persona.

RAQUEL, *con voz recia.*

Doña Amanda, doña Amanda.

(Doña Amanda se presenta por la derecha.)

ESCENA XX

TODOS, menos EL DOCTOR SEVERÍN.

DOÑA AMANDA

¿Qué quiere, señorina Raquel?

DOÑA FELICIA

Deseamos que se fotografíe con nosotros.

DON GUSTAVO

Sonriéndose, como si oyera nuestro parabienes por lo sabrosamente asados que estuvieron los pavos.

DOÑA AMANDA, *alegre.*

Molto me piace cuando tutti contenti.

(El doctor Severín se presenta por el foro.)

ESCENA XXI

TODOS

DON ANTONIO, *al doctor Severín.*

Llega oportunamente, doctor Severín, para ingresar en el grupo.

RAQUEL, *maliciosamente.*

Aunque no acertemos a sacarlo a su gusto.

EL DOCTOR SEVERÍN, *amablemente.*

No sea irónica, señorita Raquel. Tendré mucha gusto en verme así honrado. (*Raquel se ha reído.*)

EL BARÓN, *a Raquel.*

Conchita, en la silla larga, tal como está, con las flores en las manos, me parece muy bien como centro del grupo.

RAQUEL

A mí también. A la derecha de Conchita, sentaremos...

JULIETA, *sonriéndose.*

Al doctor Clemente.

EL BARÓN, *maliciando algo.*

¿Le parece así?

RAQUEL, *seriamente.*

Por algo será...

(Todos se ríen.)

EL BARÓN, *ladinamente.*

En ese caso, le corresponde a doña Trinidad sentarse a la izquierda.

(Vuelven a reírse.)

RAQUEL

A la izquierda de doña Trinidad, pongamos al doctor Severín, a doña Felicia y a don Antonio.

DOÑA FELICIA

Con la condición de que el doctor Severín no me hable de régimen vegetariano y seco.

(Todos se ríen, inclusive el aludido.)

EL BARÓN

Del lado opuesto, siéntense don Jaime, doña Amanda y Patrick.

(Raquel coloca las sillas a medida que las personas son designadas y los hace sentar.)

PATRICK

Sí, pero...

RAQUEL, *bromeando.*

No, pero ¿qué espera? Siéntese. (*Le obliga a sentarse. Todos se ríen.*)

EL BARÓN

En pie, detrás de la silla larga, Julieta y Raquel.

DON GUSTAVO, *indicando las flores de Conchita y luego a Julieta y Raquel.*

Flores abajo y flores arriba.

(*Se ríen.*)

EL BARÓN.

A la derecha de Julieta...

CONCHITA, *maliciosamente.*

Ricardo.

EL BARÓN

Iba a decirlo... (*Se ríen.*) Y, al lado de Raquel...

DON GUSTAVO, *contento.*

¿Quién, sino yo?... No queda otro.

(*Se ríen.*)

DOÑA FELICIA, *al Barón.*

¡Qué lástima que usted no esté!

EL BARÓN, *riéndose.*

No se puede repicar y andar en la procesión. ¿Estáis listos? (*Mira por la cámara negra, procede al enfoque, después de quitar el obturador, saca la cabeza de debajo del paño negro y, con la pera en la mano.*) Sonreírse todos. Pongan semblantes alegres como si sacáramos un grupo de boda... (*Todos se ríen.*) Miren fijamente el objetivo. No se muevan hasta que haya acabado de contar tres veces... (*El telón baja progresivamente.*)... Una..., dos..., tres.

TELON

A última hora, el autor se ha enterado, reconocidamente, de que la señorita Ana J. Salazar, a quien esta comedia está dedicada, la estrenó el 10 de agosto de 1927, día de la fiesta nacional del Ecuador, y obtuvo un ruidoso éxito. — (*N. del E.*)

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
CHARITO	5
Cuadro primero	7
Cuadro II	17
Cuadro III	34
Cuadro IV	49
SALUS PÓPULI	61
EN FUENTE FLORIDA	103

Imprenta de « Le Livre Libre », Paris, 1927

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- Notes de Mon Carnet*, crónicas, París, 1882.
Amada, poema en francés, París, 1892.
Héros des Andes, poesías.—A. Lemerre, París, 1904.
Olmedo, con ilustraciones, en 8°.—Nilsson, 1905.
Flammes et Cendres, poesías.—Idem, id.
La República del Ecuador en la Exposición Universal, 1900.
Telefonemas, poesías.—A. de San Martín, Madrid, 1903.
Telepattas, poesías.—Idem, id.
La Rose, versión francesa de «La Rosa del Jardinero», de los señores Alvarez Quintero, Madrid, 1913.
La Frontière de la République de l'Equateur, 1914.
Clemente Ballén.—A. de San Martín, Madrid, 1916.
L'Equateur pendant la Guerre Universelle, 1917.
Le Revenant, un acto, en verso.—H. Floury, 1918.
La Columna a los Próceres del Nueve de Octubre, 1918.
Edith Cavell, versión francesa del poema de don Miguel Valverde, 1919.
Ecos de Amor y Guerra, poesías, Ediciones de «Le Livre Libre», París, 1927.

OBRAS ESCÉNICAS REPRESENTADAS EN AMÉRICA:

- Hoy, Ayer y Mañana*, comedia, en un acto, en prosa, 1922.
Con Victoria y Gloria, Paz, sainete 1922.
El Matrimonio Eugénico, drama, dos actos, 1923.
El Ausentismo, comedia, tres actos, 1923.
Madrinas de Guerra, comedia, un acto, 1923.
Cuadro Heroico, un acto, en verso. 1924.
Periquín o La Noche Sabrosa, sainete, 1925.

OBRAS INÉDITAS:

- Lorenzo Cilda*, novela ecuatoriana, 1906.—*Cuentos de Delfín de las Peñas*, 1914.—*Almas Hermosas*, sainete cómico-dramático, 1923. — *Encantamientos Patrios*, sonetos, 1920-1925.—*Las Tres Victorias*, comedia en cuatro actos, 1924.—Versión francesa del drama *Salus Populi*, 1926.